



PASOS

"El justo como la palma florecerá"

Una publicación del Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI)

Consejo Editorial

Franz J. Hinkelammert

Pablo Richard

Maryse Brisson

José Duque

Elsa Tamez

Silvia Regina de Lima Silva

Wim Dierckxsens

Germán Gutiérrez

Colaboradores

•Hugo Assman •Luis Rivera Pagán • Frei Betto •Julio de Santa Ana • Jorge Pixley • Otto Maduro •Fernando Martínez Heredia • Leonardo Boff • José Francisco Gómez • Jung Mo Sung • Enrique Dussel • Pedro Casaldáliga • Giulio Girardi • Juan José Tamayo • Michel Beaudin • Raúl Fornet Betancourt •Maruja González • Georgina Meneses

**Se autoriza la reproducción de los artículos
contenidos en esta revista, siempre que se cite la
fuente y se envíen dos ejemplares de la
reproducción.**

Contenido

- Notas sobre religión y política:
Teología de la liberación latinoamericana
e islamismo

Malik Tahar-Caouch

- Las religiones tras el 11 de septiembre
Juan José Tamayo-Acosta

- Como fue que Hitler salvó al
capitalismo y ganó la guerra: La
señora Cheney podría sufrir un shock
al descubrirlo

Mike Rivage-Seul

- ¿Una nueva espiritualidad?
Franz J. Hinkelammert

EDITORIAL DEI

Departamento Ecuménico de Investigaciones
Apartado Postal 390-2070 Sabanilla
San José, Costa Rica
Teléfonos (506)253-0229 253-9124

Notas sobre religión y política: teología de la liberación latinoamericana e islamismo

Malik Tahar-Chaouch

Nota introductiva

Las notas de este documento plantean pistas de reflexión para la comparación entre la teología de la liberación y el islamismo. Reflejan un trabajo de investigación preciso sobre la teología de la liberación latinoamericana y un conocimiento más general del islamismo. Las interrogaciones que nos han conducido hacia la problemática de las relaciones entre religión y política en el estudio de las sociedades latinoamericanas y la curiosidad más general que esa problemática supone, explican nuestro interés por leer trabajos acerca del islamismo. Esas lecturas nos han permitido notar similitudes entre algunas de las observaciones de nuestro trabajo en torno a la teología de la liberación y las observaciones de esos trabajos con respecto al islamismo.

No dudamos del hecho que esa comparación sea controvertida. Las nociones de "integrista" y "fundamentalismo", así como la impresión de violencia extremista a menudo identificadas con el islamismo, no coinciden con la idea que los dichos teólogos de la liberación latinoamericanos se hacen de ellos mismos, es decir, con su modelo de racionalidad y sus perspectivas sociales e ideológicas finalmente bastante "respetables". Desde su perspectiva, la comparación puede parecer impertinente. Sin embargo, más allá de los prejuicios sociales e ideológicos, demostraremos que muchas coincidencias la justifican. Por eso mismo, las diferencias entre ambas dinámicas se vuelven interesantes y permiten aclarar sus implicaciones recíprocas en un contexto de globalización creciente.

1. Objeto de la comparación

La comparación tiene por objeto las características generales de los discursos y de las

dinámicas identificadas con la teología de la liberación y el islamismo. No tiene otro objetivo que demostrar su pertinencia. Habría luego que profundizarla en función de un análisis más preciso de sus referentes reales y de la integración de variables como, por ejemplo, las diferencias entre dinámicas nacionales y locales. Ella se sitúa en tres niveles:

- la naturaleza de los discursos,
- las estructuras particulares de diferenciación y de articulación de los actores sociales implicados con ellos, y
- las dinámicas generales entre las cuales se ubican.

Tiene dos partes. La primera parte presenta las características comunes de la teología de la liberación y del islamismo. La segunda parte da cuenta del interés de analizar sus diferencias.

2. Características comunes de la teología de la liberación y del islamismo

El desarrollo de esos discursos, al final de los años sesenta y sobre todo en los años setenta, delimita dos espacios geográficos amplios que reúnen cada uno condiciones políticas, sociales, económicas, culturales y geopolíticas comunes y determinan relaciones e intercambios internos privilegiados. Esos intercambios no se organizan principalmente entre Estados, sino entre actores que participan en dinámicas transnacionales que se extienden más allá de los límites geográficos de esos espacios y se explican en el contexto geopolítico de la posguerra.

2.1. Discursos

LAS RELIGIONES, TRAS EL 11 DE SEPTIEMBRE

Juan José TamayoAcosta*

Los atentados terroristas del 11 de septiembre obligan a reflexionar de nuevo sobre las religiones en el siglo XXI y a replantear su papel en el mundo actual.

No pocos sociólogos de la religión del siglo pasado anunciaron que las religiones no lograrían sobrevivir al siglo XX y se convertirían en un fenómeno puramente residual sin relevancia social alguna. Sólo pervivirían en la esfera individual de las personas religiosas y en los actos de culto. Era la "religión invisible". En la medida en que ganaba terreno la modernidad, lo perdían las religiones. É. Pouiat resumía esta mentalidad así:

Has vencido, Galileo... Has vencido, modernidad, y esto te confiere legitimidad histórica. Nos dominas. Nos tienes en un puño. Nos arrastras quién sabe adonde, y a eso se debe el que, ineludiblemente, se nos pregunte tanto sobre ti, cada vez más por todas partes.

Los pronósticos, empero, no parecen haberse cumplido. La crítica moderna de la religión y de sus instituciones no ha desembocado, como se esperaba, en el final de la religión. Durante la segunda mitad de la década de los setenta del siglo pasado se produce un fenómeno conocido como "sorpresa de lo divino" o, según el título del libro de Gilíes Kepel, "la revancha de Dios". De entonces para acá, las religiones han resurgido como fuerza social, han cobrado relevancia política, han recuperado el espacio público perdido en las décadas anteriores, y se han convertido en elemento fundamental de identidad cultural y nacional, sobre todo en algunos países donde el factor religioso fue severamente reprimido o simplemente neutralizado. Las tres religiones monoteístas procedentes del tronco común de Abrahán, judaísmo, cristianismo e islam, ofrecen significativos ejemplos de ello.

Frente a la tendencia modernizadora del catolicismo abierta por el concilio Vaticano II (1962-65), el papa Juan Pablo II puso en marcha un programa de recristianización o "segunda evangelización" de

Europa, que empezó en su tierra natal, Polonia, y, a lo largo de casi un cuarto de siglo de pontificado, se ha extendido por toda la cristiandad. El fundamentalismo se ha difundido en los Estados Unidos a través de los movimientos evangelistas y pentecostales. Los primeros tuvieron un papel decisivo en el triunfo de Ronald Reagan en las elecciones de 1980 y 1984 y marcaron la línea conservadora de su gobierno, tanto en el plano político como en el religioso. Los pentecostales ejercen hoy una gran influencia en amplios sectores populares.

Desde el triunfo de la revolución de Jomeini en Irán, en 1979, se ha producido en el mundo musulmán un imparable proceso de reislamización de la sociedad y los Estados, de la ética y la política, de las leyes y la Justicia. En la década de los setenta se activó en el mundo judío un amplio movimiento de rejudaización tanto en Israel como en la diáspora, frente a la concepción laica y socializante de importantes sectores sionistas.

Asistimos a la proliferación de los llamados *nuevos movimientos religiosos*, cuya expansión y vitalidad, según los sociólogos D. Anthony, Th. Robbins y P. Schawartz,

...es fruto de la convicción, difundida en algunas sociedades occidentales, de que el racionalismo científico no es capaz de orientar la vida social contemporánea.

La mayoría de ellos da prioridad a la experiencia directa sobre el razonamiento abstracto, al fervor emocional sobre el pensamiento racional, a la intuición sobre las certezas empíricas, a la vivencia espontánea de la fe sobre las prácticas religiosas institucionalizadas, a la concepción holística, unitaria, de la realidad sobre los dualismos. En muchos de ellos se aprecia una cierta tonalidad gnóstica.

El retomo de la religión se traduce con frecuencia en manifestaciones irracionales e intolerantes: dogmatismo e integrista, fundamentalismo y fanatismo, rigorismo moral y disciplinar, discriminaciones de género, limpiezas étnicoreligiosas, práctica del terrorismo en nombre de

*Profesor de la Universidad Carlos III de Madrid.

Como fue que Hitler salvó al capitalismo y ganó la guerra: la Señora Cheney podría sufrir un shock al descubrirlo

Mike RivageSeul

En este momento de crisis nacional, creo que está claro que necesitamos animar el estudio de nuestro pasado. Nuestros hijos y nietos —y por supuesto, todos nosotros—necesitamos conocer la idea y los ideales sobre los cuales nuestra nación se ha fundamentado. Necesitamos comprender lo afortunados que somos al vivir en libertad. Necesitamos comprender que vivir en libertad es algo tanpreciado, que generaciones de hombres y mujeres han estado dispuestos a sacrificarlo todo por ello.

En una guerra necesitamos saber exactamente lo que está en juego.

Lynne V. Cheney, 5 de octubre del 2001

Con los resultados de los trágicos acontecimientos del 11 de septiembre, surgieron rápidamente dos claras propuestas. Ambas centradas en la necesidad de una perspectiva histórica. El primer acercamiento se dio en los recintos universitarios. De hecho, hay unos cuantos profesores que de alguna manera están distanciados del fervor patriótico como para desempolvar al país. Por tanto, ellos les hicieron ver a los estudiantes que los ataques al Centro Mundial de Comercio y al Pentágono debían ubicarse en un contexto histórico. Además, alegaron que estos acontecimientos se podrían comprender mucho mejor si se veían como resultado de largos años de políticas estadounidenses de terrorismo de Estado que infligían un daño indescriptible, no solo en las comunidades islámicas o árabes, sino también, en general, en el Tercer Mundo. Algunos hasta denominaron estas políticas como nuevas decisiones del Gobierno para poner coto a "fascistas" o hasta "nazis".

El segundo acercamiento histórico provino del Consejo Americano de Ejecutivos y Ex alumnos, fundado por la señora Lynne V. Cheney, esposa de Dick Cheney, el actual vicepresidente de los Estados Unidos (EE. UU.). Se acusó a aquellos profesores disidentes de ser "el eslabón más débil en la respuesta de EE. UU. al ataque" (Martín y Neal, 2001:1). El Consejo compiló más de un centenar de declaraciones hechas por esos profesores y las clasificó como "antiamericanas". Las citas iban desde "Cualquier ataque al Pentágono tiene mi voto", hasta "La ignorancia engendra odio" y EE. UU. debería "construir puentes y relaciones, en lugar de bombas y muros". Por supuesto, cualquier referencia al "fascismo" y al "nazismo" era un anatema para este acercamiento. Se alegó que con estas acusaciones quedaba al descubierto la ignorancia o la inexistencia de la verdadera historia de los EE. UU., mostrando que el país es una luz sin paralelo de libertad y democracia. Una verdadera instrucción elemental y una historia más patriótica, dijo el Consejo, haría a los estudiantes valorar los logros en la guerra de civilización contra el terrorismo.

El grupo de la señora Cheney tiene razón. Por supuesto que el debate sobre la historia incitado por los ataques del 11 de septiembre invita a reconsiderar seriamente la historia de los EE. UU., de modo particular sobre el siglo que acaba de terminar. Darle la cara a esa historia sería beneficioso para quienes están preocupados, incluyendo nuestros hijos y nietos. Aunque, desde luego, esta revisión de la historia también guarda resultados sorprendidos. Demuestra que los profesores disidentes atacados por el Consejo Americano de Ejecutivos y Ex alumnos, sostienen de igual manera su propia verdad —quizás hasta más de lo

¿UNA NUEVA ESPIRITUALIDAD?

Franz J. Hinkelammert

El poder no nace de los fusiles, aunque tanto Trotzky como Max Weber lo afirmen. Hay un poder de los fusiles, no obstante el poder no nace de allí. Hay algo más fuerte que los fusiles, sin embargo no es un poder de imposición.

Cuando el poder pierde su legitimidad, pierde también el poder de los fusiles. El poder pretende legitimidad. La respuesta no es la legitimidad de otro poder, con sus fusiles respectivos. En tal caso, todo sería un problema de hegemonías.

Se trata de que todo poder es ilegítimo: ilegítimo, pero vigente. No se puede abolir el poder, aunque sí se puede ilegítimarlo. Y de eso se trata.

¿Por qué todo poder es ilegítimo? Porque no se puede legitimar sino legitimando el asesinato. Poder legítimo: eso es asesinato legítimo.

Le pregunté a un niño que ve en la televisión muchas de las películas violentas que nos vienen constantemente de los EE.UU., cómo sabía quiénes son los buenos y quiénes los malos en una película. Pensó un poco y después me contestó: "Los buenos matan más malos que los malos que matan los malos".

Ciertamente, no en todas las películas es así, no obstante ésa es en efecto la regla. Sin embargo no es así solo en las películas, sino también en la realidad. Cuando ocurrió la invasión a Panamá en 1989, los buenos, quienes vinieron de los EE. UU. para castigar a Noriega, el malo, mataron mucho más malos que los buenos que Moriega, el malo, había matado. Eso se repitió en la Guerra del Golfo y se repite hoy frente a Afganistán. Los buenos matan a mucha más gente que los malos. Muy raras veces no ocurre eso.

Pero, entonces, ¿los buenos no serán los malos? El *body-counting* no les sale muy bien a los buenos y por eso prefieren no hacerlo. Precisamente los buenos son insaciables en su ansia de matar. No tienen la

mala conciencia que muchos malos conservan. Los buenos matan por un objetivo bueno, y cuanto más bueno lo consideran, más matan. Matando a más gente que los malos, comprueban que su objetivo es el más bueno. Pueden torturar más que los malos, pueden despreciar más, pueden robar más que los malos, y todo eso comprueba que son los más buenos.

Esa es la legitimidad del poder. Cuanto más legítimo se considera, más desconsiderado es.

¿Se puede ejercer poder sin asesinar? No se puede. ¿Se puede asegurar la convivencia humana sin ejercer poder? Tampoco se puede. Siendo así, ¿no se sigue de esto que el poder es bueno y que la posibilidad de la vida tiene como raíz el asesinato? Por tanto, ¿es bueno el asesinato? En tal caso, seguiría la pregunta: ¿cuál poder es bueno, teniendo como consecuencia la legitimidad y el derecho a asesinar?

No se sigue esto. Lo que se sigue es que el ejercicio del poder y, por consiguiente, el asesinato son inevitables. No obstante, todo desenlace del poder en el asesinato es una catástrofe humana. Nunca el asesinato de parte del poder es legítimo, sean los fines tan altos como puedan ser. Y si resulta inevitable, solamente atestigua la relatividad del poder. El asesinato siempre es ilegítimo, aun cuando sea inevitable.

Esta diferencia, la modernidad no alcanza a verla. Ella, sea democrática o no, lleva el totalitarismo en su entraña. Todo lo quiere limpio, y precisamente por eso, lo ensucia todo.

Existe un quiebre en todas nuestras relaciones. Una de sus expresiones se encuentra en el hecho de que lo ilegítimo puede ser inevitable. La inevitabilidad, sin embargo, no es necesidad. Por eso no hay guerras justas, aunque puede ser que una guerra sea inevitable. Hay crímenes inevitables, pero siguen siendo crímenes. Es como con los

accidentes. Hay accidentes inevitables, si bien siguen siendo accidentes y, por tanto, fallas. Las guerras declaradas justas son guerras totales. Son aquellas guerras en las cuales los buenos matan a muchos más malos que los buenos que matan los malos. Las guerras declaradas justas son las peores guerras.

La historia nos ha llevado a un punto en el cual se revela que la guerra justa desemboca en el suicidio de aquel que la hace. La bomba atómica es el arma del poder que asegura que el bueno que la emplea, se mata a sí mismo en el acto en el cual la emplea en contra de los malos.

El asesinato es suicidio. Sin embargo, cuanto más se globaliza la tierra, más se acortan los plazos en los que el asesinato resulta en el suicidio.

Hay que enfrentar el asesinato mismo, y no declarar el asesinato nuestro un asesinato justo y el del otro un asesinato injusto. No existe asesinato justo. Y tampoco declarar justa nuestra guerra y la del otro una guerra injusta.

Y, ¿si es inevitable? En tal caso, quien considera que un asesinato es inevitable y lo lleva a cabo, tiene que aceptar que él mismo también es culpable de un asesinato. Que la ley le dé la razón o no, es completamente irrelevante.

Es culpable, porque llevó la situación a un extremo tal que el asesinato se tornó inevitable. El asesinato, si resulta inevitable, manifiesta que ambas partes tienen que cambiar. Ambas partes son cómplices. Únicamente de esta manera pueden enfrentar la culpabilidad. Por más que la guerra resulte inevitable, sigue siendo un crimen.-El hecho de este crimen muestra que no se puede continuar como antes, que hay que cambiar. Existe culpabilidad, y solo el cambio puede enfrentarla.

La bala que atraviesa a nuestro enemigo y lo mata, da vuelta a la tierra y nos alcanza en la espalda.

Eso de por sí no es nuevo. Si se toma el mandamiento del amor al prójimo de la tradición judeo-cristiana según la traducción de Lévinas, aparece justamente este postulado referente a la realidad. Lévinas traduce: "Ama a tu prójimo, esta obra es como tú mismo"; 'ama a tu prójimo, tú mismo eres él'; "este amor al prójimo es lo que tú mismo eres'.

Este "tú mismo eres él" es un juicio empírico que caracteriza la realidad. En cuanto este juicio vale, resulta que el asesinato es suicidio. De este juicio se sigue el mandamiento, en cuanto se renuncia tanto al asesinato como al suicidio.

Por eso, el "ama a tu prójimo" es un llamado al realismo, no un juicio de valor a la manera de Max Weber. Si la realidad contiene y es este "tú mismo eres él", entonces amar al prójimo es realismo.

Éste es el momento de una nueva espiritualidad. Claro está que aquí lo nuevo no es algo que nunca haya existido. En toda la historia humana aparece la conciencia que el asesinato implica el suicidio. En este sentido, no hay nada nuevo sobre la tierra. Lo nuevo es lo viejo en forma nueva. Está ya en las raíces.

Sin embargo, es nuevo. Una espiritualidad que reconozca que el asesinato es suicidio. Que reconozca que nuestra realidad está constituida de una manera tal, que el asesinato es un suicidio.

Se trata de una espiritualidad que como tal no es ni religiosa ni no religiosa, ni cristiana o judía o budista. Se la encuentra en todas las religiones, e igualmente en el humanismo ateo. Habla todos estos idiomas y en todos ellos grita: ¡el asesinato es suicidio! Es la realidad objetiva misma la que grita a través de todas las creencias posibles como el realismo que no se entrega a la *Realpolitik* a la Bismarck o Kissinger, sino que reivindica al ser humano frente a "todas las relaciones en que el hombre sea un ser humillado, sojuzgado, abandonado y despreciable".

Como espiritualidad nueva vuelve a partir del descubrimiento empírico que el mundo es redondo. Es verdaderamente redondo desde 1945, cuando la bomba atómica nos hizo conscientes que el asesinato es suicidio: quien dispara primero, muere de segundo. Era la primera vez en la historia humana que, efectiva y empíricamente, la bala que disparamos atraviesa al enemigo y nos alcanza en la espalda. Cada vez más descubrimos balas de este tipo: la crisis del medio ambiente, las amenazas de la biotecnología... Disparamos en contra de los otros, disparamos en contra de la naturaleza, disparamos en contra de las raíces más

profundas de la vida. Disparamos, pero sabemos que las balas vuelven...

Esto es la globalidad de la tierra, su nueva redondez. Se llama: el asesinato es suicidio. La estrategia de acumulación del capital hoy en curso, y que se llama globalización, es la negación total de esta globalidad de la tierra. Estos falsos "globalizadores" creen todavía que la tierra es una planicie infinita, en la cual pueden destruir una parte para pasarse después a otra. Han llevado al Occidente a la decadencia que hoy nos amenaza, y nos sentimos espantados frente a las consecuencias que penden sobre nosotros.

También los falsos "globalizadores" sienten espanto, no obstante reaccionan con una agresividad renovada que está desembocando en un nuevo tipo de masacres, las cuales se iniciaron recientemente en Afganistán. En Afganistán no se habló ya siquiera de guerra ni de matar. Se habló de "liquidar", "aniquilar", "eliminar" y "extirpar". Bush habló de fumigar a los talibanes en sus cuevas, como si fueran ratas. No se les dio el nombre de seres humanos. Y los pocos prisioneros que se tomó, no tienen derechos humanos ni son considerados prisioneros de guerra.

Sin embargo, en 1945 ocurrió un corte de la historia humana. Ocurrió, pero aún se halla en camino. De igual modo, la conciencia de eso está todavía en camino. Ya no se repite la historia anterior, todo aparece bajo una luz diferente. La historia prosigue y mantiene vigencia, si bien bajo una luz diferente. Esta luz es: el asesinato es suicidio. Una luz antigua, aunque con brillo nuevo. Es la luz de un nuevo realismo, el cual arranca de la conciencia que el asesinato es suicidio.

Asumir esta luz, ésa es la nueva espiritualidad. Es una fuerza más fuerte que los fusiles. Es respuesta a la decadencia del sistema, es resistencia, es alternativa, es luz que da sentido a la vida, es socavamiento de la legitimidad del poder de los fusiles.

que algunos estarían dispuestos a conceder—. Porque una reconsideración de los hechos que llevaron a los ataques del 11 de septiembre, muestra que esos ataques representan una desesperada respuesta de las víctimas de la represión neonazi que crece, y es la continuación del sistema hitleriano cuya instalación siguió a la victoria del *Führer* en la Segunda Guerra Mundial.

Éste es precisamente el tema de este ensayo. Aquí argumentamos que Hitler, en efecto, ganó la Segunda Guerra Mundial y salvó al sistema capitalista, y que la persecución religiosa, en asociación con el nazismo actual, ha cambiado su enfoque: la represión genocida de musulmanes y, dicho sea de paso, de los cristianos que dentro de su tradición incorporen una propuesta de liberación. Además, lo que sigue mostrará cómo estos argumentos tan impactantes, se apoyan de hecho en los libros de texto de historia, los cuales sin duda, la señora Cheney aprobaría.

A continuación se elaborará esta tesis en cinco puntos. Respaldados en su mayoría con los libros de texto usados en universidades como el *Western Civilization*, escrito por Jackson J. Spielvogel, y por una reciente publicación sobre historia de Alemania de Hagen Schulze. El primer punto trazará brevemente las fuentes de confusión que hay entre la naturaleza del fascismo y la del nazismo. El segundo punto expondrá la afinidad entre el fascismo y el capitalismo. En tercer lugar, el ensayo mostrará cómo el sistema de Hitler triunfó durante y después de la Segunda Guerra Mundial. La continuidad entre el fascismo y el proceso actual de globalización queda explicada en el cuarto punto. La sección final evidenciará cómo el antisemitismo virulento de Hitler encuentra su expresión hoy en la persecución en contra de la teología de la liberación.

1. Confusión con el fascismo

No es ninguna sorpresa que los estadounidenses en general y los estudiantes en particular con frecuencia estén confundidos en lo que atañe a la naturaleza del fascismo. Lo identifican más comúnmente con un Estado policiaco, con un racismo institucionalizado, con un antisemitismo o con un totalitarismo (aunque por lo general no tienen muy claro el significado del término). Los estudiantes

están familiarizados con los campos de concentración, el holocausto y, por supuesto, con Adolfo Hitler. Algunos asocian asimismo la clase de fascismo nazi con la homofobia y la persecución de los gitanos. Sin embargo, rara vez, si es que se diera la ocasión, sus profesores o sus libros de texto específicamente conectan el fascismo con el capitalismo. Aquí tenemos la descripción del pensamiento de Hitler hecha por Jackson Spielvogel en su libro de texto acerca de la *Civilización occidental* para colegios universitarios:

Hitler, por ese entonces en Viena, estableció las ideas básicas de una ideología de la cual él nunca se desvió el resto de su vida. En el meollo de las ideas de Hitler estaba el racismo, especialmente el antisemitismo. Su odio a los judíos duró hasta el final de su vida. Hitler también llegó a ser un extremista nacionalista alemán, quien había aprendido de las masas políticas de Viena cómo los partidos políticos podían efectivamente usar la propaganda y el terror. Por último, durante sus años en Viena, Hitler llegó además a tener la firme convicción en la necesidad de la lucha, la que vio como „fundamento de piedra del mundo” Hitler enfatizó un duro darwinismo social; el mundo era un lugar brutal lleno de constante lucha en el cual solo los que calzaban bien sobrevivían (Spielvogel 1999:794).

Es interesante notar aquí cómo el racismo, en especial el antisemitismo, el nacionalismo, la propaganda, el terror y el darwinismo son luchas que se señalan como atributos que definen el sistema hitleriano. El capitalismo no se menciona, pero la "lucha" sí se menciona. Tal vez si el término "competencia" hubiese sido usado en vez de "lucha"—naturaleza básicamente capitalista del "darwinismo social"—, el fascismo habría sido más claro.

Libros de texto como los de Spielvogel añaden confusión al conectar muy fácilmente el nazismo fascista con el comunismo. Por ejemplo. *Civilización occidental* tiene que ver con el fascismo de Hitler y el socialismo de José Stalin, los que pone uno al lado del otro, ligándolos así con el término "totalitarismo". La transición que Spielvogel efectúa de uno al otro, hace que aquel que esté medianamente interesado (por ejemplo, la mayoría de los estudiantes de colegios universitarios) quede más bien confundido. Él escribe: "Otro ejemplo de totalitarismo aún podría encontrarse en la Rusia Soviética" (Ibid.: 801). Y define el totalitarismo en los siguientes términos:

Totalitarismo es un término abstracto y ningún país siguió sus implicaciones teóricas. Los estados fascistas—Italia y la Alemania nazi—al igual que la Rusia comunista de Stalin, han sido todas etiquetadas de totalitarias, aunque sus regímenes exhibieron diferencias significativas y lograron variados grados de éxito. El totalitarismo trascendió los niveles políticos tradicionales. El fascismo en Italia y el nazismo en Alemania aparecieron con las preocupaciones de la extrema derecha por el nacionalismo y, en el caso de Alemania, con el racismo. El comunismo en la Rusia Soviética emergió del socialismo marxista, un programa de la izquierda radical. Por consiguiente, el totalitarismo pudo existir y existió en lo que fue percibido como los regímenes del ala de la extrema derecha y del ala de la extrema izquierda. Este hecho ayudó a dilucidar un nuevo concepto del espectro político en el cual los extremos se vieron como opuestos en una escala lineal, pero llegaron a ser vistos como similares en por lo menos algunos aspectos (Ibid : 7.)

Spielvogel acertadamente señala "significativas diferencias entre el fascismo y el comunismo". Uno es radicalmente de derecha y otro radicalmente de izquierda. El nazismo es identificado con el nacionalismo y el racismo (debe anotarse que no así con el capitalismo). El comunismo está asociado con el marxismo y el socialismo. A fin de cuentas, no obstante, los dos son vistos como "similares en al menos algunos aspectos". Sin embargo, la claridad que nos brinda para distinguirlos se da con una mano si bien pareciera borrarse con la otra. El resultado típico sigue siendo la confusión. Esta nebulosa se hubiera esclarecido si Spielvogel hubiese empleado un paralelismo mayor en su expresión —por ejemplo, si hubiese identificado el comunismo stalinista con un socialismo de estado policiaco y el nazismo de Hitler con un capitalismo de estado policiaco.

Pero no solamente los libros de historia y los profesores se prestan para la confusión de los estudiantes. Hay otras razones comprensibles que distancian el fascismo del capitalismo, como lo sería el así llamado Partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores (NSDAP). Como resultado de esto, es muy natural para los estudiantes que del todo no reflexionan, concluir que Hitler y su partido eran "socialistas", o hasta "comunistas", ya que los dos términos son casi sinónimos para la mayoría de los estadounidenses. Después de todo, los estudiantes justificarían el asunto razonando que Hitler hizo

tantas cosas tan horribles, que probablemente fue comunista.

En este enredado análisis se dieron toda clase de propuestas a la economía política que se llamaba a sí misma "socialista", verdad histórica que se manejó durante el decenio de 1930 debido a que estas economías apoyaban la intervención del Estado para salvar el sistema de mercado que estaba en crisis durante la Gran Depresión. De modo que hubo socialismos de izquierda como el de la Rusia Soviética, pero igualmente hubo socialismos de derecha, como el de Hitler en Alemania, Benito Mussolini en Italia, Francisco Franco en España y Juan Domingo Perón en Argentina. En otras palabras, las economías intervencionistas adoptaron con facilidad la identificación "socialista" para distinguirse del capitalismo de *laissez faire* que con las consecuencias de la gran quiebra de la Bolsa de Valores en 1929, se había desacreditado por completo. Como veremos más adelante, en este contexto (políticamente posible) el programa intervencionista de Franklin Roosevelt para salvar el capitalismo bien pudo haberse llamado Socialismo Nacionalista en lugar de *New Deal*.

No obstante, los análisis del fascismo para acercarse al socialismo reconocen el carácter *nacional* defendido por el socialismo. La crítica adjunta fue intencionada precisamente para distinguir la marca socialista del ala derecha de su adversaria ala izquierda. En conexión con esto, Schulze (1998: 231) escribe:

La frase clave "socialismo nacional" surgió antes de la Primera Guerra Mundial como un medio para unir una variedad de organizaciones nacionalistas que estaban en guerra contra "el socialismo internacional". El término se designó para llamar la atención de la clase trabajadora, pero asimismo le resultó atractivo a los jóvenes de la clase media y la clase alta con nociones románticas de Volksgemeinschaft, una comunidad "popular" o "nacional".

La implicación aquí es que los zelotes del ala derecha "cooptaron" un término popular para confundir a los jóvenes, estrategia que se emplea con gran éxito hasta nuestros días.

Otra razón aún que separa al fascismo del capitalismo, es que el fascismo no era un capitalismo simple y puro. Se podría decir lo mismo del *New Deal* de Roosevelt. Ambos sistemas fueron

"economías mixtas", lo que significa que si los componentes esenciales del capitalismo son la propiedad privada de los medios de producción, los mercados abiertos y libres y los ingresos ilimitados, los elementos correspondientes al socialismo son la propiedad pública de los medios de producción, los mercados controlados y los ingresos restringidos. Roosevelt y Hitler combinaron ambos. Una vez más, en un momento cuando el mercado libre capitalista estaba ampliamente desacreditado, tanto Hitler como Roosevelt protagonizaron un tipo de "perestroika" (anticipando el término que más tarde usó el Premier soviético Mikhail Gorbachev). Gorbachev usaría el término para referirse a la reestructuración del socialismo, para salvarlo incorporando elementos del capitalismo. Lo que se sugiere aquí es que más de medio siglo antes, Roosevelt y Hitler habían hecho lo opuesto; ellos habían incorporado elementos del socialismo dentro del sistema capitalista para resucitarlo.

Así que mientras los medios de producción permanecían más frecuentemente en manos privadas, otros (como las líneas de ferrocarril, el sistema postal, los teléfonos y las carreteras) eran nacionalizados. De manera similar, mientras que al libre mercado se le permitía continuar por varios caminos, su libertad era restringida con medidas "socialistas" que habían sido exigidas desde hacía mucho tiempo (por ejemplo, el racionamiento, la legalización de sindicatos, la seguridad social, los salarios, el control de precios). Finalmente, los altos ingresos recibidos por impuestos fueron usados para restringir los ingresos, originando grandes capacidades de pago para el Estado que se usaron para financiar sus programas intervencionistas ¹.

No se quiere decir con esto que las economías intervencionistas de Roosevelt y Hitler fueran iguales. Las economías mixtas, después de todo, no

son idénticas. La pregunta heurística para hacer la distinción es: ¿"Mixtas para privilegiar a quién"? Algunas economías mixtas se mezclan en favor de la clase trabajadora, otras en favor de sus patronos. La mezcla de Roosevelt se vendió a sí misma con éxito como del primer tipo, siendo el producto de un capitalista liberal. Esto es, que a la vez que mantenía la mayoría de los medios de producción asegurados en manos de los capitalistas, Roosevelt ganaba el apoyo de las clases trabajadoras por medio de sus programas populistas recatadamente dirigidos a repartir el ingreso hacia abajo a aquellos que no podían valerse por sí mismos. En otras palabras, la "economía mixta" de Roosevelt estaba tan bien mezclada, que facilitó su defensa en términos populistas, lo que equivale a decir que fue mezclada en favor de la clase trabajadora. Y su defensa logró el aplauso del pueblo estadounidense. A pesar de las objeciones de los republicanos pro-empresas más hostiles, Roosevelt fue electo cuatro veces seguidas, y su partido mantuvo el control del Congreso de los EE. UU. por casi medio siglo.

Hitler tenía otra propuesta. Influenciado por Herbert Spencer y (indirectamente) Friedrich Nietzsche (ver más adelante), el *Führer* fue un extremista darvinista social que de forma descarada favorecía con sus programas a la élite aria y despreciaba a "los otros", en especial a los judíos, los no blancos, los gitanos, los homosexuales, los discapacitados y otros "desviados". Por otro lado, menospreciaba a los políticos "liberales" como Roosevelt con sus programas de bienestar social. En el mismo campo, difamaba al gobierno de Weimar que le precedió. En los primeros años de la Gran Depresión, los políticos de Weimar habían intentado ganarse el favor de la clase trabajadora y detener la guerra civil, ejecutando programas de distribución de la riqueza (Ibid.: 233). Para fundar estos programas era necesario subir los impuestos, medida impopular entre las clases media y alta. Esto significaba el fortalecimiento de los sindicatos, socialistas y comunistas ².

¹ Algunos tal vez recuerdan que durante la década de 1440, la tasa de los impuestos tributarios federales de EE. UU. alcanzó cifras del 91% para ingresos mayores de US\$400.0(X) (Zmn, 1W: ,7S) Con los ingresos percibidos de esta manera, el Gobierno costó los programas populistas que redistribuían modestamente los ingresos hacia la clase trabajadora y los desempleados del país. Dicha redistribución se hizo en forma de remuneración a cada trabajador, pero asimismo tomó la forma de "salario social".

² La retórica de Hitler era pro-trabajador. No obstante, los fundamentos spencerianos de esta propuesta dejaban a los trabajadores sin ninguna posibilidad de acceder a la riqueza que la dirigencia de Weimar y los partidos de izquierda estaban

El punto aquí es que muy pocos hacen la conexión entre fascismo y capitalismo. Un estudiante de Spielvogel tendría que realizar un acto casi heroico para poder hacerla. Después de todo, él o ella estaría no solo resistiéndose a la confusión que le crea el texto, sino que estaría nadando contra corriente de la propaganda estadounidense, la cual trata el sistema de Hitler como algo *sui generis* y desconectado de cualquier sistema económico específico (erróneamente cualquiera que no fuera el socialismo o el comunismo) Pese a esta ambigüedad, más adelante se tratará de demostrar de manera más específica que incluso una detenida lectura de un texto como el de Spielvogel establece sin equívocos una conexión entre fascismo y capitalismo.

dispuestos a repartir. Las propias palabras de Spencer hacen más clara esta propuesta: "Adentrándose en toda la naturaleza, vemos que en ella funciona una firme disciplina que es un poco cruel pero puede ser muy bondadosa... Mientras tanto, el bienestar de la existencia humana y su desarrollo en la perfección última, son asegurados con la misma ventaja aunque con severa disciplina, a la cual la animada creación a la larga está sujeta. Es muy duro que una persona torpe no pueda superarse con todo su empeño y más bien traiga hambre a los trabajadores. Es duro que un obrero, incapacitado por su enfermedad, quien compite con sus compañeros más fuertes, tenga que cargar con el resultado de sus privaciones. Es duro pensar que una viuda y sus huérfanos tengan que luchar entre la vida y la muerte. Sin embargo cuando se mira todo, no separadamente sino en conexión con los intereses universales de la humanidad, estas terribles fatalidades parecen estar llenas de benevolencia —la misma que lleva temprano a la tumba a los niños de padres enfermos y elige a los destemplados y debilitados como las víctimas de una epidemia (citado en Spielvogel, 1999: 714s.).

Esta clase de visión no es amigable con la clase trabajadora. En el mundo de Spencer, el trabajador sufre hambre. El obrero trabaja duro, con todo experimenta privaciones como resultado de la competencia con compañeros de trabajo que son más fuertes. Las viudas y los huérfanos están solos en su lucha por sobrevivir. Los padres están enfermos. La mortalidad infantil es elevada. Los físicamente débiles y los no precavidos son víctimas de las enfermedades. No obstante, Spencer (y por extensión Hitler y el libre mercado capitalista) sostiene que todas estas cosas son buenas y llenas de beneficios para la "humanidad universal". Nada de esto debería sonar extraño o desconocido a los habitantes del nuevo Orden Mundial.

2. Capitalismo fascista

Para nadie era una sorpresa que después de la Primera Guerra Mundial la economía alemana estuviera devastada. Las imposiciones del Tratado de Versalles son muy conocidas. En la mente de muchos permanecieron indelebles las imágenes de las ordenadas carretillas alemanas llenas de *deutsch* marcos que apenas alcanzaban para pagar las facturas de los abarrotes. Luego de la Gran Guerra, la inflación por supuesto creció. En este contexto, la llegada al poder de Hitler se explica típicamente como la reacción del pueblo alemán humillado ante las demandas a corto plazo de los aliados por reparaciones de la guerra y concesiones de fronteras implícitas en el Tratado. Los alemanes estaban tan desesperados, dice la historia, que se doblegaron ante un loco, Adolfo Hitler, para restablecer su orgullo nacional.

Desde luego, hay verdad en esta interpretación. La economía alemana se encontraba destrozada tras la Primera Guerra Mundial. La inflación había alcanzado niveles sin precedentes. Los alemanes comunes vieron desaparecer sus ahorros y sus pensiones. Habían sido humillados, estaban desesperados y buscaron una alternativa en la República de Weimar, que se hallaba en esos momentos bajo el fuego de facciones de derecha e izquierda.

Sin embargo, dos realidades claves y pertinentes en este argumento, son muchas veces pasadas por alto con respecto a la situación de Alemania en la primera post-guerra. La primera es que mientras Hitler emergía como un factor serio en la escena política alemana, la economía del país desde hacía mucho tiempo había sido intensa y victoriosamente capitalista. En efecto, ya en 1870, Alemania se convirtió en el indiscutible líder industrial europeo (reemplazando a Gran Bretaña en ese papel) (Spielvogel, 1999; 682). Para W, el verdadero poder que reinaba en el país estaba firmemente en las manos de los gigantes capitalistas. La más eficaz hegemonía en Alemania ya no emanaba de los aristócratas del imperio de William II. Mucho menos del retrógrado monarquista Paul von Hindenburg, quien sucediera a Friedrich Ebert y Custav Stresemann para liderar el país a mediados de los años veinte. Al contrario, la dirección y el poder

se concentraba en los gigantes de la industria bancaria como el Deutsche Bank y el Dresdner Bank; en automovilismo, la Mercedes y la BMW; en compañías químicas y farmacéuticas, Bayer, Hoechst y BASF; en firmas industriales, Degussa, Hoescht, Friedrich Krupp y Siemens; y en la compañía de seguros Allianz.

Segunda realidad. La economía del país se había recuperado en grado significativo de la devastación infligida por el Tratado de Versalles. De hecho, de 1924 a 1929 Alemania participó en "los Dorados años Veinte".

Al final de 1920 había... tiempos de relativa prosperidad para Alemania, y como Hitler lo percibía, no eran apropiados para que se desarrollaran los partidos extremistas. Él declaró, no obstante, que la prosperidad no duraría y que su propio momento vendría (Ibid.: 796).

Hitler estaba seguro que el momento de su partido no había llegado todavía. Durante la década de los veinte, los nazis de Hitler se mantuvieron como una facción minoritaria del ala derecha. Así por ejemplo, en las elecciones de 1928 los nazis solo alcanzaron el 2,6 por ciento de los votos, logrando únicamente doce escaños en el Parlamento alemán (Ídem).

Hitler estaba también seguro de que su momento vendría. Y llegó con la Gran Depresión ³ (Ídem). El colapso de las economías de mercado en el mundo industrializado tenía a sus líderes escarbando por todo lado para salvar a un sistema que agonizaba. Los socialistas y comunistas se sentían alegres e iban en ascenso. De hecho, en 1934 José Stalin convocó a un "Congreso de la Victoria" para celebrar el aparente triunfo del socialismo sobre el capitalismo y lo que él llamó "el fin de la historia". Como señala Spielvogel, las amenazas de la izquierda forzaron a los capitalistas alemanes a poner la mirada en Hitler como su mesías. Industriales e importantes terratenientes proveyeron todo el apoyo que él necesitaba. Más específicamente, la élite estaba asustada en vista de que los malos tiempos en la

economía debido a la depresión habían dado impulso (y atracción popular) a los socialistas y comunistas, quienes habían afianzado su poder en Rusia con la Revolución Bolchevique de 1917. Spielvogel escribe:

Los derechistas de las élites de Alemania, los magnates de la industria, hacendados aristócratas, mil litas institucionales y los más altos burócratas veían cada vez más a Hitler como el hombre que tenía el apoyo de las masas para establecer un régimen autoritario de derechas, que pudiera salvar a Alemania y sus posiciones privilegiadas de un ataque comunista (Ídem).

La naturaleza capitalista del sistema de Hitler se percibe clara en esta descripción —aunque un poco nebulosa por las circunlocuciones—. El lector atento debería notar que junto a la jerarquía militar y los administradores del gobierno, se hallan los poderes detrás de la toma por parte de Hitler de la nación capitalista líder de Europa, que son los capitanes de la industria y los grandes terratenientes, por supuesto no "capitalistas". Uno podría suponer que semejante referencia no adulterada sería "políticamente incorrecta" en un libro de texto para instituciones educativas cuya misión es inculcar más que concientizar.

Los capitalistas apoyaron a Hitler porque él no iba a amenazar el más importante elemento de su sistema (la propiedad privada), porque mantendría a sus oponentes de la clase trabajadora bajo control y porque su antisemitismo prometía eliminar la mayor parte de los compromisos con las víctimas del darwinismo social. Hasta aquí los dos primeros puntos. Las razones del antisemitismo de Hitler serán discutidas en el punto final de este ensayo.

Para empezar, el componente más importante del sistema capitalista es la propiedad privada de los medios de producción. Para salvaguardar esto, durante la década de 1930 los capitalistas generalmente estaban de acuerdo en que sería necesario lidiar con dos elementos definidores del sistema. Esto era, que el Gobierno tendría que intervenir en los mercados y limitar de manera somera y repartir algunos ingresos. A pesar de la presión de algunos de su partido, Hitler aseguró a sus poderosos respaldadores que no nacionalizaría la industria alemana en general. De nuevo, Spielvogel nos aclara esto:

³ Ni el programa de Hitler ni (como veremos más adelante) su antisemitismo pueden ser completamente entendidos fuera de este contexto.

Hitler y los nazis también mantuvieron el control en la esfera económica, pero la industria no fue nacionalizada como lo deseaba el ala izquierda del Partido Nazi. Hitler sentía que era irrelevante la propiedad de los medios de producción siempre y cuando los dueños tuvieran que aceptar un jefe superior. Aunque el régimen consiguió que se llevaran a cabo proyectos de obras públicas y ayudó a firmas privadas de construcción con préstamos de fondos públicos para que ofrecieran trabajo y así terminar con la depresión, no hay duda que el re-armamentismo fue mucho más importante para resolver el problema del desempleo (Ibid.: 799).

De nuevo, como veremos más adelante, la propuesta de Hitler para el problema económico de la Depresión no estaba tan alejada de lo que hizo Franklin Roosevelt. Consciente o inconscientemente era keynesianismo puro; con su rechazo a nacionalizar y con sus obras públicas y ayuda con fondos públicos, buscaba terminar con el desempleo que tanto se había desarrollado. John Kenneth Galbraith, el asesor económico más importante de Roosevelt, puntualiza:

Los nazis no eran amantes de los libros. Reaccionaban ante las circunstancias y esto les sirvió a ellos mucho más que a los conocidos economistas que servían a Gran Bretaña y a los EE. UU. Hitler hizo préstamos y gastó el dinero —y lo hizo deliberadamente, tal y como se lo había aconsejado Keynes—. Parecía lo más obvio, dado el desempleo. Al principio se gastaba en trabajos civiles (líneas de tren, canales, edificios públicos, los Autobahnen). El control cambiarlo tenía a los alemanes tan asustados, que no mandaban dinero al exterior y los que poseían altos ingresos tenían miedo de que se les gastara en importaciones. Tales resultados fueron todo lo que un keynesiano podría desear. A finales de 1935 ya no había desempleo en Alemania. En 1936, los altos ingresos elevaban los precios o era posible su alza. Lo mismo que los salarios, también empezaron a subir. Entonces se puso un tope a los precios y a los salarios, y esto también funcionó. Alemania tenía a finales de los años treinta, empleo para todos y precios estables. Fue un logro absolutamente increíble en el mundo industrial (Galbraith, 1977: 213s.).

Las palabras de Galbraith concretan los elementos básicos de la propuesta intervencionista de John Maynard Keynes sobre la reforma económica, la cual Hitler inconscientemente adoptó. La clave era hacer préstamos y gastar sin medida. Las líneas aéreas, los canales y las supercarreteras renovaron la infraestructura económica para los capitalistas de Alemania, brindándole trabajo a los desempleados. Se le dio una

nueva fachada a los edificios públicos, renovando y reconstruyendo los centros administrativos, los tribunales, las bibliotecas y oficinas de correos. Mientras tanto, la industria local era protegida con los controles cambiarlos para obligar a los mejor situados a "comprar lo alemán". Y como Galbraith dice, todo funcionó. El desempleo desaparecía, a la vez que los salarios, los precios y las ganancias se afianzaban. Hitler pues, aplicó juntamente el salario y el control de los precios, con tanto éxito que en 1935 Alemania había salido totalmente de la depresión. El capitalismo se había salvado. Y los socialistas y comunistas perdieron mucho terreno en sus críticas al sistema.

Junto con su propuesta de dar tranquilidad respecto a la propiedad privada de los medios de producción, Hitler se atrajo el apoyo capitalista debido a su política laboral. Para empezar, eliminó los sindicatos independientes del Estado. De esta forma, los patronos se sentirían aliviados de las amenazas de huelgas y de la necesidad de llevar a cabo prolongadas sesiones colectivas para concertar tratos. Los trabajadores, por su lado, estaban impresionados con el espectacular programa de creación de trabajos. Vieron igualmente que sus beneficios aumentaban unido a más actividades durante el tiempo libre (Schulze, 1998: 256). La idea clave aquí era el control. Robert Ley, Secretario de Trabajo, garantizaba que los trabajadores estuvieran calmados para que no constituyeran una amenaza para sus patronos.

El Frente Laboral Alemán, bajo Robert Ley, regulaba el mundo del trabajo. El Frente era un sencillo sindicato controlado por el Estado. Para controlar a todos los trabajadores, se usaba un libro de trabajo. Cada trabajador asalariado tenía que tener un libro para poder mantener su trabajo. Y para obtener y mantener un libro de trabajo había que someterse a las políticas del Frente Laboral controlado por los nazis. El Frente Laboral también realizaba actividades para mantener a los trabajadores contentos (Spielvogel, 1999: 800).

Estas políticas pro-capitalistas y la manipulación del movimiento laboral alemán, hacían ver a Hitler ante la izquierda como una marioneta del "monopolio capitalista". Así por ejemplo, en 1932 una portada de la *AIZ Magazine* "retrataba el verdadero significado

del saludo hitleriano". Hitler presentaba la mano derecha levantada, con la palma abierta y extendida hacia atrás, lista para recibir dinero de una gran figura burguesa que se encontraba justo detrás de él (Schulze, 1998: 239). La intención de esta portada era revelar dónde descansaba realmente el poder de Hitler ⁴

⁴ La obvia conexión entre capitalismo y fascismo se puede discernir, una vez más, también en la presentación que se hace en las escuelas de lo que fue el movimiento de Benito Mussolini. Su movimiento se enfrentó al socialismo, que como explica Spielvogel (1999: 7,0), amenazó la atrincherada estructura del poder italiano: "Los socialistas, que ahora constituían el partido más grande, hablaban en teoría de una revolución, lo que alarmó a los conservadores quienes los asociaban con los bolcheviques y los comunistas. El éxito de los comunistas en Rusia asustaba a las élites propietarias las cuales estaban preocupadas por lo que podría significar el control comunista. Miles de huelgas en el campo industrial y agrícola en 1919 y 1920 gestaron un clima de operaciones militares y violencia continua. El movimiento fascista de Mussolini se percató del temor que se generaba bajo estas condiciones y aprovechó esta situación para darle rápidamente un giro hacia la derecha. 1 su política de izquierda. Los resultados positivos fueron inmediatos, pues el Movimiento Fascista de Mussolini empezó a ganarse el apoyo de los industriales de clase media que estaban asustados por la agitación de la clase trabajadora y de los terratenientes, quienes se oponían a las huelgas de los agricultores" Esta descripción evidencia las bases del apoyo que recibió Mussolini. Los trabajadores eran asociados con la antítesis del capitalismo, con los bolcheviques o con los comunistas. La insurrección comunista contra los capitalistas era temida, se manifestaba con huelgas y violencia. De este modo, los "industriales" (no "capitalistas", véase bien) y los grandes propietarios apoyaron a Mussolini, quien sentó su hombre. Añade Spielvogel: "Los fascistas se interpretaron a sí mismos como el partido del orden y asumieron todo el peso del apoyo de la clase media y de las clases más altas; los trabajadores de cuello blanco, servidores civiles y profesionales, propietarios, mercaderes y artesanos y los estudiantes componían el 60 por ciento de los miembros del Partido Fascista. El miedo de la clase media al socialismo, a la revolución comunista y al desorden, convertía a los fascistas en algo atractivo (Ídem). Aquí los trabajadores de cuello blanco, los servidores civiles y los estudiantes son incluidos dentro del apoyo mixto del fascismo. Spielvogel explica que ellos le dieron la adhesión a Mussolini y que creían en su cacareada ayuda a los trabajadores y campesinos. No obstante, nunca cumplió sus promesas a las clases más bajas. Al contrario, "generalmente se

3. Hitler gana la guerra

Existen por lo menos cuatro razones por las cuales el sistema del nazismo de Hitler y las fuerzas de alianza entre Alemania, Japón e Italia ganaron la Segunda Guerra Mundial. La primera y menos controversial, fue que el capitalismo representado por ambos poderes, el Eje y los Aliados, inevitablemente salió victorioso. En segundo lugar, como se sugirió con anterioridad, las políticas económicas de Hitler mostraron a sus adversarios cómo salvar al capitalismo en su peor momento. En tercer lugar, los colaboradores de Hitler (y no sus "partidarios" de oposición) terminaron gobernando la Europa de la post-guerra. En cuarto lugar, el sistema de Hitler ha triunfado en el proceso actual de globalización, en el que tanto Alemania como Japón y los EE. UU. representan a los miembros más fuertes de la coalición económica que maneja ese convenio.

Para empezar, el gran sistema económico que representaba Adolfo Hitler se lanzó a ganar la Segunda Guerra Mundial. Esto se debió a que el conflicto era esencialmente "intercapitalista". En otras palabras, no importaba cuál bando ganara, los capitalistas triunfarían. No se peleó por los derechos humanos... de hecho, el desdén por ellos fue virulento tanto de parte de los aliados cuanto de parte de los nazis. Dresden, Hiroshima y Nagasaki son la mejor evidencia. Los EE. UU. hicieron lo mismo con los ciudadanos japoneses que fueron llevados a los campos de concentración durante la guerra y a quienes les fueron confiscadas sus tierras. La Segunda Guerra Mundial tampoco peleó para derrotar a las fuerzas del racismo o el antisemitismo, o para liberar a las víctimas de los campos de concentración. La propia cultura estadounidense en la década de 1940 era intensa, sistemática y legalmente racista. Hasta que al final de la guerra el mismo ejército de EE. UU. fue segregado. Para el caso, el Movimiento de los Derechos Civiles en los EE. UU. se hallaba a una década de distancia. El antisemitismo iba viento en popa en los EE. UU. al igual que en toda Europa Occidental. De esta forma, los aliados dilataron su respuesta a los campos de concentración de Hitler

aliaba con los intereses de los industriales y grandes terratenientes a expensas de las clases más bajas" (Ibid 793).

hasta el último momento, hasta que su reconocimiento llegó a ser una medida de guerra útil que transformara la lucha intestina del capitalismo en una cruzada moral.

Antes bien, el conflicto apareció a partir de la competencia capitalista para controlar la política económica de Europa y el mundo colonial, incluyendo sus mercados, la materia prima barata y la mano de obra barata. Esto, igualmente, fue la fuerza que movió la Primera Guerra Mundial. En efecto, a finales del siglo XIX, Alemania ya se había dado cuenta que su superior fuerza económica, mencionada antes, le daba poder sobre los imperios controlados por Gran Bretaña, Francia y Rusia. Schulze lo expresa así:

A medida que el potencial económico y político de su país crecía tan rápidamente, muchos alemanes empezaron a ver que el escenario de la Europa Central se les hacía tan pequeño como un abarrotado y limitado teatro. Como no poseían territorios en el extranjero, se tuvieron que contentar con un modesto desarrollo económico dentro de sus propias fronteras y con un mercado que de por sí estaba saturado. Esto era no solo humillante para los alemanes de clase media —en comparación con sus vecinos europeos— sino discriminatorio (Ibid.: 184).

De modo que la formación de la Sociedad Colonial Alemana y de la Liga Pangermanista en 1887 y 1891, respectivamente, establecieron las colonias alemanas en África y Oceanía, lo que constituyó una de las más importantes metas en política extranjera (Ibid.: 185). Schulze identifica las fuerzas de estos movimientos como

...la clase media liberal, dueña de propiedades, heredera del movimiento nacional, que ahora quería utilizar su creciente poder económico para extender su influencia y ganar el reconocimiento en el mundo de los negocios (Ibid.: 184).

Para decirlo más claramente, las fuerzas detrás de la Primera Guerra Mundial fueron capitalistas y esta guerra puede interpretarse como la Primera Guerra Intercapitalista.

Como esa lucha se perdió, la clase gobernante de Alemania no solamente no satisfizo sus ambiciones sino que más bien tuvo que restringirlas. De esta forma, el Tratado de Versalles despojó a Alemania

del 20 por ciento del territorio que tenía antes de la guerra, incluyendo el 10 por ciento de su población, más del 30 por ciento de su producción de carbón antracita, un cuarto de sus granos y la cosecha de papa, el 80 por ciento de su reserva de hierro mineral y el 100 por ciento de sus colonias y su flota comercial (Ibid: 203). En este contexto, el famoso llamado de Adolfo Hitler para el *lebensraum* adquiere un tono económico urgente que evidentemente conectaba con los sentimientos patrióticos de los alemanes comunes y corrientes en favor de la restauración de *das Vaterland*, lo mismo que con las ambiciones de la clase capitalista gobernante del país. Ella deseaba sus colonias; ella deseaba dominar los mercados y fijarle una política al resto del mundo capitalista.

Aquí fue donde las políticas económicas de Hitler previamente descritas, se conectaron de forma directa con la Segunda Guerra Mundial y con la salvación del capitalismo en sus momentos más oscuros. Mientras la economía alemana había revivido bajo los remedios "keynesianos" de Hitler, los EE. UU. y el resto del mundo capitalista languidecían en los momentos más duros de la economía. En el caso de los EE UU. esto fue terrible, ya que los obstáculos políticos no le permitían a Roosevelt aplicar a Keynes con el mismo rigor que Hitler lo había hecho. Después de todo, Roosevelt no era "el hombre fuerte" que era Hitler Tampoco gozaba de la libertad que el *Tercer Reich* (o los otros "hombres fuertes" fascistas que iban surgiendo) tenía para aplicar los remedios para la Depresión. Galbraith (1997: 221) comenta:

Aunque la recesión de 1937 ayudó a que las ideas de Keynes fuesen pasables en Washington, había desánimo para levantar el nivel de empleo. En 1939, el mismo año en que la guerra empezaba en Europa, había nueve millones y medio de estadounidenses sin trabajo. Esto representaba el 17 por ciento de la fuerza laboral. Al año siguiente casi la misma cantidad (14,6 por ciento) seguía sin empleo. La guerra puso a caminar el remedio keynesiano. Los gastos se duplicaron y reduplicaron, lo mismo que el déficit. Antes de 1942, el desempleo era mínimo y en muchos lugares el trabajo escaseaba.

Las agudas palabras de Galbraith nos hacen ver que el inicio de la Segunda Guerra Mundial anuló

cualquier precaución que existiese en los EE. UU. con respecto a los remedios keynesianos. De modo que los préstamos federales para financiar los gastos de la guerra se fueron por las nubes. El gasto público estaba en el orden del día; aviones, tanques, barcos, rifles, obuses y uniformes hicieron el milagro. La fuerza de trabajo en los EE. UU. tenía pleno empleo. En otras palabras, Hitler obligó a Roosevelt y (de nuevo inconscientemente) el capitalismo se salvó. Galbraith señala que:

Hay otra manera de ver esta historia. Habiendo terminado Hitler con el desempleo en Alemania, también terminó con el de sus enemigos. Hitler fue el verdadero protagonista de las ideas keynesianas (Idem).

Además de argumentar que el ejemplo keynesiano de Hitler salvó al capitalismo y que emergió triunfante de la Segunda Guerra Intercapitalista, hay una tercera razón para aseverar que el fascismo de Hitler finalmente resultó victorioso. Este argumento sostiene que aquellos que sirvieron al Reich de Hitler a lo largo de toda Europa, la pasaron mucho mejor que aquellos oponentes izquierdistas que con gran valentía resistieron el reglamento nazi. Como consecuencia, los abogados del fascismo (por ejemplo, los colaboradores nazis) fueron quienes condujeron las políticas del período de la postguerra. Esto porque el gran temor de los victoriosos aliados era que si a los procesos democráticos se les permitía funcionar, los socialistas y comunistas llegarían al poder, relativizando en este proceso la hegemonía de la supremacía blanca, el patriarcado capitalista representado por los EE. UU., que era el vencedor más importante en la lucha intercapitalista. Para los EE. UU. (como lo fuera para Hitler), la verdadera amenaza la representaba la izquierda. Y es que al terminar la guerra, su amenaza se había intensificado en vista de que los socialistas y comunistas habían ganado mucho prestigio resistiendo la ocupación nazi. Así que, como lo indica Chomsky, los verdaderos vencedores se aseguraron que los amigos del nazismo ocuparan los puestos al timón de la jefatura gubernamental en Europa y otras partes del mundo:

...la amenaza de las políticas democráticas se lidió de manera natural, por medio de un programa, con una esfera de acción mundial, para destruir a la resistencia antifascista y a las organizaciones populares ligadas a ésta, muchas veces en favor de los fascistas o fascistas colaboradores. Efectivamente, éste es uno de los grandes temas en el principio de la historia de la postguerra. El patrón se aplicó en la primera de las zonas liberadas. África del Norte, donde el presidente Roosevelt instaló en el poder al almirante Jean Darían, un líder colaborador del nazismo y autor de las leyes antisemitistas del régimen de Vichy . A medida que las fuerzas de EE. UU. avanzaban en Italia, iban restaurando la estructura indispensable del régimen fascista mientras dispersaban la resistencia, cuyos miembros habían peleado valientemente contra seis divisiones nazis. Tropas británicas entraron a Grecia, después de que los nazis se retiraran, imponiendo un duro y corrupto régimen que llamó a una renovada resistencia, no siendo Gran Bretaña capaz de controlar la situación como resultado de su declive en la postguerra. EE UU. reemplazó a Gran Bretaña cubriéndose bajo la capa de la retórica de la Doctrina Truman, que decía que había que defender "a los pueblos libres que están resistiendo al intento de subyugación por parte de las fuerzas minoritarias o presiones de fuera. Mientras tanto, el asesor presidencial Clark Clifford comentaba alegremente en privado que la Doctrina serviría como para "abrir el fuego en una campaña para que la gente se dé cuenta que la guerra, de ninguna manera ha terminado" Por supuesto que esto ayudó a implantar una nueva era de militarismo doméstico y un intervencionismo en el extranjero en el contexto de la confrontación de la Guerra Fría, siendo Grecia el primer blanco. Allí EE. UU. lanzó una guerra asesina de contrainsurgencia, con torturas, miles de exiliados políticos, campamentos reeducativos, destrucción de sindicatos y de políticas independientes y completa panoplia de medios que se usaron luego en ejercicios similares en todo el mundo, colocando a toda la sociedad firmemente en manos de los inversionistas y élites locales empresariales de EE UU , a la vez que gran parte de la población tuvo que emigrar para sobrevivir. Los que mas se beneficiaron fueron los colaboradores nazis, al mismo tiempo que las víctimas principales eran los trabajadores y los campesinos de la resistencia antinazi, dirigida por los comunistas (Chomsky, 1987:28s.)

Las palabras de Chomsky aclaran por qué era indispensable la continuidad entre la política de EE. UU. y la del Tercer Reich. El hitlerismo continuaba

sin Hitler. Como Clark Clifford comentara acertadamente, la verdadera guerra de Hitler (por ejemplo, el capitalismo contra el comunismo internacional) de ninguna manera había terminado. Tampoco los elementos indispensables del fascismo histórico. Por eso algunos de los mismos administradores continúan en su lugar, darían entre ellos, al igual que los colaboradores nazis. Pero lo más importante fue que para bloquear la voluntad popular contra las élites gobernantes, se emplearon los mismos medios: tortura de insurgentes, exilio político, campamentos de reeducación, aniquilación de los movimientos laborales y sus infraestructuras de organización —todo por el bien de las élites extranjeras y locales que, dicho sea de paso, pertenecían de modo predominante a la superior raza blanca—. Los que pagaron el costo de todo esto fueron quienes sufrieron durante la guerra por no pertenecer a la élite: los trabajadores y agricultores que bajo el mando de los comunistas habían resistido la opresión nazi.

Chomsky continúa enfatizando la continuidad en el personal que estuvo bajo las órdenes de Hitler y sus vencedores sucesores. Una vez más sugiere que la lucha en la Segunda Guerra Intercapitalista no se dio entre sistemas o políticas, sino más bien entre quienes administrarían esos sistemas o políticas.

Un aspecto de este proyecto de posguerra fue el reclutamiento de criminales de guerra nazi como Reinhold Gehlen, quien había dirigido la inteligencia militar nazi en el Frente Oriental y a quien se le demandaron los mismos deberes bajo el nuevo Estado de Alemania Occidental con la supervisión cuidadosa de la CIA, o Klaus Barbie, responsable de muchos crímenes en Francia y el turbio cargo de espiar a los franceses para la inteligencia estadounidense. Las razones fueron convincentemente explicadas por el superior de Barbie, el coronel Eugene Kolb, quien manifestó que sus "habilidades eran sumamente necesarias" "A nuestro entender, sus actividades estaban dirigidas en contra de los movimientos subversivos del Partido Comunista francés y la Resistencia, exactamente lo que hicimos nosotros en tiempos de la posguerra, que estábamos preocupados con el Partido Comunista alemán y sus hostiles actividades contra las políticas estadounidenses en Alemania". Los comentarios de Kolb son buenos. Los

EE. UU. recogían lo que los nazis habían dejado, por tanto, era completamente natural emplear esos especialistas para la actividad anti-resistencia. Más tarde, cuando fue imposible protegerlos de la justicia en Europa, muchos de estos útiles tipos fueron esfumados hacia los EE. UU. o América Latina con ayuda del Vaticano y sacerdotes fascistas. Muchos de ellos han estado desde entonces involucrados en terrorismo, golpes, tráfico de drogas y armas, entrenamiento en los Estados de Seguridad Nacional respaldados por el aparato de EE. UU., con métodos de tortura diseñados por la Gestapo y así por el estilo. Algunos de sus discípulos han encontrado su destino en América Central, estableciéndose una conexión directa entre los Campos de la Muerte y los Escuadrones de la Muerte mediante la Alianza de posguerra entre los EE.UU. y los S.S. (Ibid.:31).

Estas palabras enfatizan una vez más la continuidad entre el fascismo de Hitler y el sistema reforjado por los vencedores de la Segunda Guerra Intercapitalista. Gehlen y Barbie iban a continuar precisamente con lo que habían hecho bajo Hitler. Por ejemplo, dirigiendo las operaciones anticomunistas en Alemania Occidental y en Francia respectivamente. Pongamos atención a las palabras de Chomsky: "Los EE. UU. recogían lo que los nazis habían dejado". No solo que las actividades tenían que extenderse —más allá de la Europa de la posguerra—, penetrando en las colonias que tanto preocupaban a los alemanes durante la Primera y Segunda Guerras Intercapitalistas. En América Central y otros Estados latinoamericanos de Seguridad Nacional apoyados por los EE. UU., antiguos agentes de la Gestapo ligados a los Campos de Muerte y los Escuadrones de la Muerte, emplearían de nuevo métodos idénticos.

4. Globalización como neofascismo

Todo esto del sistema neofascista de Hitler en el Tercer Mundo es lo que lo une con el proceso actual de globalización —la cuarta razón mencionada antes, que Hitler salió triunfante en la Segunda Guerra Mundial—. No quiere decir que la globalización es simplemente la continuación del sistema de Hitler. No lo es. Por un lado, el sistema no tiene a un "Hitler" evidente como encarnación del mal, que todo

mundo vea como tal. Además, lo de Hitler fue una autoconsciente forma de capitalismo *nacional*. La globalización, en cambio, es exclusivamente internacional. Por otro lado, sus protagonistas no son en especial alemanes, japoneses o firmas estadounidenses, sino multinacionales o transnacionales que no le deben lealtad a ningún Estado, esto es que son manifestaciones de una nueva etapa de desarrollo capitalista. Pertenecen a una configuración o coyuntura muy reciente, como lo sostienen algunos analistas latinoamericanos (Gallardo, 1990: 13).

Esta nueva etapa empezó a principios de la década de 1970, cuando en medio de la recuperación de la postguerra, la economía mundial comenzó a estancarse de nuevo. Desde ese momento, el capitalismo global temeroso de otra gran depresión, utilizaría una estrategia de sobrevivencia basada no tanto en la creciente productividad, cuanto en la redistribución y concentración de la riqueza ya existente. La nueva estrategia se centralizó en el desmantelamiento de la intervención del Estado en los mercados en la medida que ella favorecía a las clases subalternas, lo mismo que en el fomento de las fusiones comerciales y las adquisiciones por parte de las mayores corporaciones multinacionales —dos de los pilares centrales de la nueva economía global (Dierckxsens, 1998: 137s.).

Hay tres elementos importantes en la coyuntura globalista del capitalismo que lo diferencian de su configuración histórica de 1930 (RivageSeul, 2001: 31421). Son, en primer lugar, la inmensa capacidad de despliegue para operar transnacionalmente. Los avances en transportación, las telecomunicaciones y de modo particular la tecnología de la información, facilitan las gestiones multinacionales para invertir y monitorear de forma cuidadosa a las empresas que se extienden en el globo. La tecnología de las computadoras ha incrementado exponencialmente la habilidad de los especuladores, quienes responden a las circunstancias de cambios económicos y mueven sus capitales en el momento que les llega la noticia con solo oprimir una tecla de la computadora. Todo esto ha propiciado una cooperación internacional entre los capitalistas, orientada a coordinar sus gestiones e inversiones fuera de las fronteras nacionales. De esta manera, la competencia intercapitalista ha perdido el

carácter nacional y se ha convertido en una lucha entre firmas multinacionales en un mercado global, algo imposible en el decenio de 1930.

En segundo lugar, el socialismo, desacreditada antítesis del fascismo, alteró el contexto del capitalismo de forma radical. Después de la caída del muro de Berlín, el mundo ha llegado a ser unipolar, por ende, dominado en solitario por el último superpoder que queda: EE. UU. Esto le ha brindado a los capitalistas (sobre todo a los de ese país) una inaudita mano suelta en la administración de su sistema. Ya no tienen que preocuparse porque los trabajadores busquen en el socialismo la alternativa a las políticas capitalistas que los oprimen. De hecho, aquellos no pueden contar ya con una alternativa semejante. Las reformas del *New Deal* trataron de disuadir a los trabajadores para que no adoptaran el socialismo, el cual ahora resulta obsoleto. Así, el presidente Ronald Reagan dijo que ahora el socialismo podía ser dejado de lado por sus "cincuenta años de error", sin que eso tuviera consecuencias negativas. En otras palabras, en la nueva configuración del capitalismo el enemigo principal del fascismo ha desaparecido, y en consecuencia los capitalistas no tienen que preocuparse por apaciguar a los trabajadores o enmascarar las estructuras spencerianas con un "rostro humano".

En tercer lugar, se ha alterado mucho la situación de las colonias capitalistas. A partir del final de la Segunda Guerra Intercapitalista, las tierras ocupadas lograron independizarse. Debido a esto, ya los capitalistas internacionales no podían seguir transfiriendo directamente a los centros multinacionales la riqueza que obtenían en las colonias. Sin embargo, los ejércitos de ocupación ya no son necesarios para colonializar países, como acontecía en tiempos de Hitler. Ahora basta con las medidas económicas. La más importante de ellas es la creciente deuda del Tercer Mundo, administrada por las nuevas instituciones internacionales que en la actualidad "toman la forma" de ejércitos de ocupación. Así, El Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial de Comercio (OMC) ejercen un control neocolonial mediante las políticas de ajuste estructural económico que imponen a los países deudores. Estas políticas forzan a estos países a poner en marcha economías de

exportación, a devaluar sus monedas, a reducir el tamaño de sus Estados en el campo de los servicios públicos y a privatizar empresas que antes eran públicas —todo esto con el propósito de conseguir divisas para pagar las deudas—. Esto ha originado una continua dependencia neocolonial de los centros capitalistas representados por el Grupo de los Siete (G7), junto con la intensificación de la competencia, la nueva austeridad y los deteriorados estándares de vida en toda América Latina. No es de extrañar que cada dólar transferido al Tercer Mundo regrese por lo menos cuadruplicado a los centros como Nueva York, Londres, Tokio y Berlín (Ibid.: 316s.).

No obstante estas diferencias, hay por lo menos cuatro puntos de coincidencia entre el fascismo de Hitler y lo que correctamente se ha descrito como el neofascismo del sistema de globalización actual (Richard, 1999: 226s.). Una vez más, éstas son las coincidencias que pica la tesis de que, en resumidas cuentas, las políticas de Hitler han salido triunfantes en el acuerdo global del momento. Estas coincidencias son, en primer lugar, un acuerdo de economía mixta que privilegia a la élite blanca del mundo. En segundo lugar, el nazismo y la globalización comparten un darwinismo muy evidente, de carácter totalitario, junto con un amplio control de la información. En tercer lugar, el fascismo de Hitler y el proceso de globalización se juntan para buscar víctimas propiciatorias y aplicar el estado de terror contra ellas con profundo irrespeto a los derechos humanos. Por último, el fascismo de Hitler y la nueva globalización comparten un antagonismo religioso virulento, que el proceso globalista expresa por la persecución de los musulmanes y de la teología de la liberación.

1. *La economía mixta de la globalización privilegia a la élite blanca del mundo.* Al igual que la economía de Hitler y las economías intervencionistas de la década de 1930, hoy también la versión globalizada representa un arreglo mixto en favor de la élite blanca que predomina en el mundo. Para empezar, el "libre mercado" actual está bastante regulado y sujeto a intervención; en efecto, fuerzas como la Reserva Federal estadounidense, el FMI, la OMC, el BM y el C7, ejercen opciones reguladoras muy fuertes. Esta intervención determina factores importantes como tasas de interés, términos

comerciales y préstamos renegociados con base en políticas impuestas de devaluación de las monedas, lo que complica enormemente los acuerdos del Tratado de Libre Comercio (TLC), eje relevante de la nueva economía global. De hecho, el texto actual del TLC consta de unas 750 páginas, con un lenguaje altamente técnico, arcaico y a veces impenetrable (Nader y Wallach, 1996:100). El propósito de estas regulaciones favorecer a los más ricos del mundo, quienes abarcan un 20 por ciento de la población mundial, mucho de ellos blancos y de extracción europea (Rivage-Seul, 1995: Íx). Esta "preparación del terreno" para favorecer a la élite, se percibe con claridad en la defensa que el Instituto Brookings realiza de la globalización en contra de sus críticos. Los autores se esmeran para asegurarle a sus lectores que el TLC, por ejemplo, se inclina en favor de los EE. UU.:

Algunos críticos de la postguerra que están de acuerdo con un mercado más libre, se han quejado que los EE. UU. han tenido que abrir su economía en un grado mayor que otros países, por lo que les ha tocado un pedazo pequeño del pastel. La economía estadounidense es más abierta que otras, y esto ha sido así desde hace cincuenta años. Los cambios en las barreras comerciales como resultado de convenios de comercio del pasado, también se han inclinado fuertemente en nuestro favor. Con el acuerdo de la Ronda de Uruguay, por ejemplo, los EE.UU. bajaron las tarifas más o menos en un 2 por ciento, mientras que otros países han tenido que recortarlas entre el 3 y el 8 por ciento. Asimismo, bajo el acuerdo del TLC, México ha prometido eliminar las tarifas a los productos estadounidenses, las cuales eran en promedio de casi el 10 por ciento antes del acuerdo, en tanto que EE. UU. acordó eliminar el 4 por ciento de los impuestos previamente gravados a las exportaciones mexicanas (Burtles et al., 1998:30s.).

La aseveración de que la nueva globalización sigue los pasos de la tradición racista del nazismo, se confirma cuando uno se percató que el orden que se estableció en la postguerra fue un intento de mantener la riqueza concentrada entre los blancos de extracción europea radicados en los EE. UU. Éste fue el propósito de la formulación de George Kennan, como director del Personal de Planificación de Políticas del

Departamento de Estado, bajo la administración de Harry Truman hasta 1950, cuando sus tendencias humanísticas ampliamente celebradas lo llevaron a reemplazar al cabeza dura de Paul Nitze (Chomsky, 1987: 15). Considerado universalmente como una mansa paloma, Kennan observó en el Estudio de Planificación de Política (PPS por sus siglas en inglés), del 23 de febrero de 1948:

Poseemos casi el 50 por ciento de la riqueza del mundo, pero solo tenemos el 6,3 de su población. Con esta situación, sin duda alguna somos objeto de envidia y resentimiento. Nuestra tarea a futuro es inventar un patrón de relaciones que nos permita mantener esta desigualdad, pero que no vaya en detrimento de nuestra seguridad nacional. Para que esto suceda, tenemos que deshacernos de cualesquiera sentimentalismo y sueños, y centrar nuestra atención en todo lo que tenga que ver con nuestros objetivos nacionales inmediatos. No nos engañemos a nosotros mismos, ahora no podemos darnos el lujo de ser los altruistas y benefactores del mundo. Debemos dejar de hablar acerca de objetivos vagos e ilusorios como los derechos humanos, la elevación de los estándares de vida y la democratización. Pronto llegará el día cuando tengamos que intervenir en verdaderos conceptos "de poder. Entre menos nos encajonan con lemas idealistas, mejor (citado en Chomsky, 1987: 15).

2. *El globalismo es darwinista, totalitarista y propagandista.* Debido a la desaparición de alternativas viables para el capitalismo, el carácter darwinista de la actual coyuntura en el desarrollo del sistema ya no considera necesario simular un beneficio por parte del sistema, brindándole alimento —gota a gota— a aquellos que no pueden valerse de forma adecuada por ellos mismos. Los débiles son sencillamente perdedores en un mundo en que el pez más grande se come al más pequeño. Tan pronto como haya que justificar esa exclusión de la dádiva del mercado, se la racionaliza utilizando la compasión fascista en términos de "amor duro" (*tough love*). Ya a principios de los años setenta, Garret Hardin, en su famoso ensayo *Lifeboat Ethics*, señalaba el camino hacia esta primera relación de la economía global con el nazismo. De nuevo, la naturaleza de la globalización totalitaria ofrece otra conexión con el nazismo.

Siguiendo a Hanna Arendt, Franz Hinkelammert define el totalitarismo como la reducción de una experiencia humana esencialmente rica y multifacética a una simple relación con la "perfecta institución". Por lo tanto, Hinkelammert describe el totalitarismo así:

.. un movimiento que polariza radicalmente el mundo a partir de la imaginación de una institucionalidad perfecta, pasando de la técnica social derivada de esta institucionalidad perfecta al terror social. El totalitarismo reduce el sujeto a una sola relación social y lo aísla, al hacer aparecer la institucionalidad perfecta como única necesaria. El concepto de esta institucionalidad perfecta se deriva de las relaciones sociales de producción dominantes en cada caso.

En el interior de la sociedad socialista, el totalitarismo staliniano apareció a partir del concepto de planificación perfecta, derivada de las relaciones socialistas de producción. Su institucionalidad perfecta por tanto era la planificación. En la sociedad capitalista se dio el primer movimiento totalitario en el nazismo alemán que derivó su institucionalidad perfecta de la imaginación de una pureza racial constituyendo su sociedad totalitaria como sociedad de guerra. En el movimiento totalitario actual, la institucionalidad perfecta llegó a ser el mercado proyectado como mercado total, que aísla al sujeto reduciéndolo exclusivamente a las relaciones del mercado (Hinkelammert, 1987:205, nota 10).

En el análisis de Hinkelammert, el totalitarismo se da por la convicción de que existe una institución a la que toda relación humana debe estar subordinada. Estas instituciones son de alguna manera consideradas "perfectas" por quienes las proponen. Para Stalin, la institución perfecta fue el proceso de planificación representado por los *aparatchicks* socialistas. A nadie se le permitió cuestionar impunemente sus decisiones. Para Hitler, la institución perfecta fue la guerra, hecha para que las leyes naturales del mundo, su raza superior y su centro nacional, prosperaran. Todo buen alemán tenía que sacrificar su vida y todo lo demás en nombre de esta institución. El "totalitarismo del mercado" actual encuentra en el mercado libre y las leyes que lo rigen, la "institucionalidad perfecta". Con este arreglo, las relaciones humanas, incluyendo las más íntimas, se

entienden y se calculan de acuerdo con los conceptos de mercado, como costo y ganancia, oferta y demanda, propiedad privada, competencia, eficiencia y obligaciones contractuales. No se necesita ninguna otra cosa para explicar y organizar cualquier aspecto de la vida humana.

Esta ideología ha dejado en las manos del capitalismo internacional, un sistema de propaganda mucho más completo que aquel imaginado por Hitler. Tiene en su favor los medios de comunicación de todo tipo. Durante el tiempo del *Tercer Reich*, Joseph Goebbels era el ministro de propaganda y bajo su mandato muchos artistas e intelectuales tuvieron que emigrar porque su trabajo era reprimido (Schulze, 1998: 250). Un trato parecido recibieron los maestros de escuela, y en especial los profesores universitarios. La voz de los disidentes no se podía escuchar. De igual manera, bajo el dominio del capitalismo global el poder del dinero, más que el bien común, determina lo que el pueblo ve y oye. En el Tercer Mundo estos controles han sido abiertamente hitlerianos, mucho más que en los países "del centro". Ahí los dueños de los medios hacen su juicio sobre las, noticias que calcen". Hinkelammert explica:

Tampoco hay medios de comunicación capaces de criticar al sistema. Tampoco sirve la radio de onda corta para tener noticias desde afuera, si ya no existe ningún afuera. La libertad de opinión en los medios de comunicación ha perdido su sentido, por cuanto éstos suponen que vivimos en una sociedad para la cual no hay alternativa (1991:21).

3. *La globalización depende de la creación de chivos expiatorios, el terror de Estado y la violación de los derechos humanos.* Aquellos que interfieren en el mercado total del Nuevo Orden Mundial son considerados los enemigos de la "libertad". Aquí se incluye a humanistas, maestros, organizadores de sindicatos, trabajadores sociales, feministas, integracionistas raciales, pluralistas culturales, ambientalistas, y aquellos cuyas convicciones religiosas los llevan a preocuparse por los "hermanos pequeños". Éstos son los "enemigos oficiales" en bruto que el fascismo requiere en todas sus formas, para explicar las causas de todos los males de la sociedad. Cuando esos llamados "desviados" se

organizan para enfrentarse al mercado totalitario, nadie les da empleo, pierden sus trabajos o son marginados del sistema. Y cuando se convierten en una real amenaza son verdaderos blancos de los escuadrones de la muerte, los cuales actúan tan eficiente y brutalmente como los S. S. nazis.

Como lo decía anteriormente Chomsky, esto fue rutinario en el Tercer Mundo bajo los regímenes fascistas que servían al capitalismo internacional durante el período de la postguerra. Una lista de tiranos del tipo nazi que recibieron ayuda estadounidense incluye a Diem, en Vietnam; Saddam Hussein, en Irak; Reza Palavi, en Irán; Manuel Moriega, en Panamá; tres Somozas, en Nicaragua; los Duvalier, en Haití; el montón de generales en Argentina y en Brasil, por casi veinte años desde 1964; Suharto, en Indonesia; Marcos, en Filipinas; Pinochet, en Chile; Mobutu, en Zaire; Park, en Corea del Sur; Stroessner, en Paraguay; Botha, en África del Sur; Smith, en Rodesia; y Batista, en Cuba. Estos pequeños Hitlers son todos responsables de la muerte de millones de personas, muchos más que las víctimas del Holocausto de Alemania. Y estos regímenes sin ninguna duda están confinados al período de la Guerra Fría.

Sin embargo, Germán Gutiérrez nos ha contado con mucho detalle cómo, por ejemplo, el cruel ejército colombiano continúa esta tradición en la actual coyuntura. Aquellos que critican la globalización en Colombia, son tratados como subversivos, terroristas y enemigos del país. Son encarcelados sin juzgarlos, torturados y/o asesinados (Gutiérrez, 1999:193). En Colombia, más de cinco mil oponentes han perdido su vida a manos de las fuerzas militares y paramilitares, las cuales son valiosas sucesoras de los *Brown Shirts* y *Black Shirts* del fascismo y la Gestapo (Ibid.: 188). A pesar de la unánime condena por parte de las organizaciones de derechos humanos de esta política, los EE. UU. continúan ofreciendo ayuda de todo tipo al gobierno colombiano, todo en nombre de la Guerra contra las Drogas. De hecho, los EE. UU. recientemente se han negado a hacer de los informes sobre derechos humanos un factor para determinar si

deben continuar dando ayuda al ejército colombiano

⁵.

⁵ Esto demuestra con claridad que no es el respeto por los derechos humanos lo que distingue el totalitarismo de la globalización tanto de su contraparte nazi como de la stalinista. Únicamente el nazismo, entre los sistemas modernos de economía política en Occidente, niega cualquier validez a los derechos humanos universales lo mismo que a cualquier tipo de relaciones democráticas (Hinkelammert, 1987: 133). Sin embargo, con el amplio apoyo y aprobación por parte de los propietarios y dueños, no interfirió con el derecho a la propiedad privada de la industria, ni más ni menos que como aparecía en el *New Deal* de Roosevelt (Spieltvogel, 1999: 799). Ahora bien, a pesar de los reclamos en contra, ningún sistema de economía política ha mostrado un constante respeto por todos los derechos humanos. Al contrario, todos los sistemas los priorizan de acuerdo con lo que ellos consideran los derechos más básicos (Hinkelammert, 1987: 137). El capitalismo pone en este centro los derechos a la propiedad privada, el derecho a tomar parte en contratos obligatorios (*binding contracts*) y maximizar las ganancias como primera cosa en su lista. Éstos son derechos que pertenecen de modo particular a las corporaciones. Por otro lado, la tendencia capitalista es a negar la legitimidad de derechos humanos específicos reconocidos, por ejemplo, por la Declaración de las Naciones Unidas. Por esta razón, los EE. UU. nunca han ratificado esos u otros documentos claves que afirmen derechos derivados de la corporalidad humana (Hinkelammert, 1999: 242). Más aún, si los derechos priorizados por el capitalismo son amenazados, todos los otros están sujetos a la relegación, inclusive los derechos a las elecciones libres, a la libre expresión, a la prensa, a la asamblea, a la religión y a la liberación de la tortura. Referencias históricas ya hechas en este ensayo, fundamentan esta observación. El socialismo, de igual manera, encabeza su propia lista con los derechos a alimentación, casa, abrigo, salud y educación. En nombre de esos derechos, el socialismo relativiza los derechos a la propiedad privada, a efectuar contratos obligatorios y a maximizar las ganancias. Si los derechos considerados básicos por el socialismo son amenazados —y la historia lo ha demostrado así— todos los otros van a ser relegados, tal como en el capitalismo. Bajo el totalitarismo del mercado, las políticas de ajuste estructural de la economía son impuestas por medio del terrorismo de Estado lo que incluye arrestos sumarios, detenciones sin cargos, tortura anulación de elecciones, desapariciones y asesinatos. Esto es una realidad en América Latina, en países como Brasil, Chile, Argentina y Uruguay (Ibid.: 240). En Colombia, la oposición a la? políticas de libre mercado se considera como subversión y terrorismo. El concepto de "insurgencia" se ha ampliado para incluir no solamente a la guerrilla en armas, sino a aquellos que se hacen miembros y participan en actividades dirigidas por organizaciones de derechos humanos (Gutiérrez, 1999: 103s.).

5. Persecución religiosa, antisemitismo y teología de la liberación

De manera similar el derecho a la libre práctica religiosa ha sido negada de forma rutinaria por el capitalismo globalizado, tal y como lo fue durante el régimen hitleriano. Para Hitler, claro está, el objetivo de la persecución religiosa eran primordialmente los judíos. En el sistema actual, los objetivos de la persecución religiosa son los musulmanes y los practicantes de la teología de la liberación.

Por un lado, la asociación tradicional de los judíos con el sistema bancario, la usura y el capitalismo los convertían con facilidad en chivos expiatorios de la tan innegable y endémica disfuncionalidad de ese sistema. Por otro lado, eran tradicionalmente disidentes de la visión mundial que el deslucido capitalismo spenceriano tenía, lo que hizo de ellos algo aborrecible para el *Tercer Reich* de Hitler. En la tradición judía se mostraba un firme compromiso con "las viudas y los huérfanos", a quienes Spencer estaba dispuesto a borrar. Con esta mentalidad, Hitler no dejaba pasar ninguna oportunidad para asociar a los judíos con el bolchevismo. De hecho, Schulze centra la derrota del "bolchevismo Judío" en el extralimitado propósito de la Segunda Guerra Mundial:

...la meta era, en las propias palabras de Hitler "el principio de la etapa final de la batalla contra el enemigo mortal del bolchevismo judío" en los dominios eurasiáticos del Socialismo Nacional (Schulze, 1998: 273).

Hinkelammert (1998: 215) elabora así esta idea:

El mundo burgués consideraba a la Unión Soviética como "bolchevismo judío". Los movimientos socialistas fueron denunciados en el siglo XIX como "judíos". La campaña antisocialista siempre era una campaña de fuerte acento antisemita. Eso no era así solamente en Alemania, sino también en Francia, Inglaterra y los EE. UU. El socialismo era considerado "locura judaica".

Las propias palabras de Hitler revelan la motivación final de su antisemitismo:

El judío cree que tiene que someterse a toda la humanidad, para asegurarle el paraíso en la tierra... Mientras él se imagina que está levantando a la humanidad, él la tortura hasta la desesperación, la paranoia, la perdición. Si nadie lo para, la destruye... a pesar de que él mismo se da oscuramente cuenta de que se destruirá a sí mismo también...Tener que destruir a toda fuerza, adivinando a la vez que eso lleva inevitablemente también a la destrucción propia, ése es el punto. Si tú quieres: ése es el grito de Lucifer (citado en Ibid.: 216).

El antisemitismo del *Tercer Reich* de Hitler no se puede entender sin el contexto del antisemitismo frente a la revolución de octubre de 1917 y los movimientos que llevaron a ella. A partir de ahí, o más bien a partir de mediados del siglo XIX, las referencias que se hacían constantemente al socialismo eran "locura judía" o "materialismo judío"—frases que provenían de los escritos de Martín Lutero y Juan Calvino (Ibid.: 20613)—. A la luz de esto, la persecución que Hitler hizo de los judíos, era parte de una ofensiva contra el comunismo y el capitalismo liberal en la tradición de Weimar. Como lo indica Hinkelammert, el holocausto nazi en realidad fue un intento por matar al Dios judío, y por tanto fue nietzscheano (Ibid.: 212). Aun cuando no existe evidencia directa de que Hitler haya leído a Nietzsche, es clarísimo que estaba fuertemente influenciado por el Movimiento Ludendorff, el cual congeniaba con lo que Nietzsche entendía por guerra, superhombre, raza superior, antisemitismo y muerte de Dios (Schulze,1998: 19497).

Hitler volcó toda la fuerza de su Estado policiaco contra los judíos, después de que se incendiara el *Reichstag* o la Cámara de Diputados en 1933. De acuerdo con los nazis éste fue un crimen horrible, sin precedentes, cometido por los comunistas, y como siempre, asociado con los judíos. Era el equivalente a regicidio y deicidio a la vez. Para los nazis, de ahora en adelante las coordenadas del bien y del mal, de lo legal y lo ilegal, ya no hacían falta (Hinkelammert, 2001b: 46). Las reglas legales podrían quedar sin efecto durante la emergencia, pero al final su suspensión era permanente. Así, hubo arrestos sin causa, suspensión de hábeas corpus y evidencias, juicios militares, ejecuciones sumarias, redadas de miles de personas, campos de concentración y

genocidio. Es nuevamente Spielvogel quien pinta el cuadro para nuestros estudiantes:

El día después del incendio del edificio del Reichstag (27 de febrero), que supuestamente fue perpetrado por los comunistas, pero posiblemente los mismos nazis lo hicieron, Hitler convenció al presidente Hindenburg para que promulgara un decreto que le diera poderes de emergencia al Gobierno. Así, mientras la emergencia durara, quedaban suspendidos los derechos básicos de los ciudadanos, pudiendo los nazis arrestar y encarcelar a cualquiera sin restricciones. Aunque Hitler prometió que "todo volvería a la normalidad" en el momento en que el peligro comunista pasara, el decreto en realidad proveyó las bases para la creación de un Estado policiaco... El paso superior de la "toma legal del poder" de parte de Hitler se realizó después de que los nazis...consiguieron la aprobación de la "ley de toma de poder" (Ermächtigungsgesetz) que concedió al Gobierno el poder de suspender la Constitución por cuatro años durante los cuales dictaría leyes correspondientes a la solución de los problemas del país... Esta "ley de toma del poder" constituiría la base legal para los demás actos de Hitler. Ya no necesitaba ni del Reichstag ni del presidente Hindenburg. De hecho, Hitler llegó a ser un dictador designado por el propio cuerpo parlamentario (Spielvogel, 1999: 940).

El paralelismo entre el tratamiento a los musulmanes y la Constitución de los EE. UU. que se pudo observar después de los ataques del 11 de septiembre del 2001, está claro. El islamismo, ciertamente, se basa en la Biblia judía lo mismo que en el sagrado Corán. No obstante el islamismo no ha tenido tanto éxito para integrarse al sistema de valores occidentales, como es el caso del judaísmo. De hecho, sus *mullahs* desprecian a los musulmanes que hayan adoptado costumbres occidentales, en especial si éstos dirigen países como Arabia Saudita y se enriquecen a costa de tesoros que entregan a los occidentales, pero que pertenecen en primer lugar a los musulmanes. De modo muy particular el sistema de Justicia islámico, su rechazo al consumismo y su interpretación de "el lugar de la mujer" en la sociedad y no tienen nada que ver con la actitud y las aspiraciones occidentales.

Por otra parte, los que practican el islam controlan los depósitos más importantes del mundo de la energía fósil, que es la sangre vital de la civilización occidental. Esto hace pensar que a la globalización neonazi le interesa satanizar a la cultura islámica, no solamente con el fin de arrebatarle la reserva de petróleo del Medio Oriente, sino para excluir a las mayorías de los estancados beneficios de la globalización, mencionados con antelación. Esto se da a la luz de la amenaza de recesión mundial que afecta a la globalización, por lo que Occidente ha adoptado una estrategia que excluya a los musulmanes y al Oriente de la repartición de la riqueza ya existente (Dierckxsens 2001: 35).

Como lo señala Dierckxsens, el 11 de septiembre quedó en evidencia este marcado repudio ideológico de la cultura asiática. Samuel Huntington aclara esto muy bien en su ensayo profundamente influyente "Clash of Civilizations", publicado en *Foreign Affairs* en 1993. Huntington describe aquí la Guerra Cultural que bien podría ser el reemplazo de la Guerra Fría recién terminada. La nueva lucha se podría llamar "Occidente contra el Resto del Mundo", cuyas raíces religiosas serían fundamentalistas. Los musulmanes se transforman en una amenaza al rechazar los valores occidentales. Esa amenaza se debe enfrentar, según Huntington, con una clara manifestación de supremacía occidental en lo económico, político, militar y cultural (Ídem).

Las predicciones de Huntington se cumplieron con los ataques del 11 de septiembre. En este sentido, los ataques bien se pueden comparar con el incendio del *Reichstag*. Tras los ataques del 11 de septiembre, la Administración Bush inició la aplicación de una serie de políticas que nos recuerdan las de Hitler luego del incendio del *Reichstag*, en 1933. Después del 11 de septiembre, las coordenadas del bien y del mal se ignoraron con toda impunidad. La Agencia Central de Inteligencia (CIA) fue autorizada por el propio Presidente para matar a los enemigos de los EE. UU. Se suprimieron los frenos legales que se habían impuesto en 1970, sobre la legalidad de los escuadrones de la muerte (Gellman, 2001). Las decisiones políticas justificaron alianzas con naciones que se sabe no respetan los derechos humanos, como Uzbekistán, Irán, Siria y Sudán (Jacoby, 2001). Incluso la Alianza del Norte de Afganistán participa

de esta característica (Douglas, 2001). Además, el presidente Bush decidió él mismo mantener todas estas medidas indefinidamente, revirtiendo el proceso de 1978 que es el Acta Presidencial de Registros (*Presidential Records Act*). Estas decisiones tuvieron eco, y en la Universidad Vanderbilt el historiador Hugh Graham manifestó:

La rama ejecutiva se mueve fuertemente en el bajo mundo de los juegos sucios, probablemente llevando a cabo asesinatos fuera del país y violando normas estadounidenses y de las Naciones Unidas. Habrá mucho que esconder (Lardner Jr., 2001).

El 12 de noviembre, el Presidente firmó el Acta Patriótica del 2001, una limpieza antiterrorista que permitiría la vigilancia, prohibida anteriormente, de los ciudadanos estadounidenses, buscarlos y arrestarlos sin autorización y una amplia detención de sospechosos de terrorismo, aunque no tengan cargos anteriores. En esta acta se clasifica como 'terrorista,' a cualquier persona que, por ejemplo, lance una piedra a una ventana durante un desfile pacífico, o dé dinero a grupos involucrados en cualquier clase de resistencia armada contra cualquier gobierno (Chang y Fulbright, 2001).

El presidente Bush ha propuesto además que se instalen tribunales militares que juzguen en secreto a los sospechosos de terrorismo, probando su culpabilidad antes que su inocencia, contraviniendo de esta forma el principio básico de la jurisprudencia de los EE. UU. En referencia a estas apariciones en dichos tribunales, el vicepresidente Dick Cheney sostuvo:

Ellos no merecen las garantías ni salvaduras que cubren a los ciudadanos estadounidenses (Cearan, 2001).

Hasta conservadores como William Safire han criticado este tipo de tribunales militares y han acusado al Presidente de imponer una dictadura. Safire escribió:

El tribunal irregular (kangaroo tribunal) [de Bush] puede ocultar evidencias en nombre de la seguridad nacional establecer sus propias reglas, culpar a un inocente aunque uno de los oficiales no esté de acuerdo y ejecutar al extranjero sin ninguna supervisión por parte de una corte civil (Safire, 2001).

Asimismo, el Congreso de los EE. UU., directamente en relación con el 11 de septiembre, le concedió el "fast track" al Presidente para autorizar acuerdos comerciales, renunciando en el proceso a su derecho a debatir y enmendar esas facturas. Todas estas medidas han sido vistas por los críticos como yendo en contra de aquellos que protestan contra las corporaciones globalizadas, así como en contra de aquellos que apoyan la resistencia armada en lugares como Colombia y Chiapas⁶.

Por último, temas como el de tarjetas de identificación nacional, la legalización de la tortura y el uso de armas nucleares tácticas en Afganistán, fueron seriamente propuestos y debatidos en público (Thomas, 2001). Los extranjeros pueden ser investigados y arrestados o detenidos de manera indefinida sin ninguna garantía. El hábeas corpus podría suspenderse y ponerse a funcionar tribunales militares. Las ventajas del uso de la tortura podría suscitar un debate entre los intelectuales.

Con todo esto no queremos decir que la naturaleza antisemita del viejo nazismo esté por completo ausente de su forma globalizada. Al contrario,

⁶ La dimensión de la globalización, de hecho, no ha desaparecido de ninguna manera como parte de la hegemonía de los EE.UU. Así, el Representante Comercial estadounidense, Robert Zoellick, ligó directamente los ataques terroristas con la oposición a la política de mercado y de globalización de este país. Según Zoellick:

"El 11 de septiembre, los EE. UU., su sociedad abierta y sus ideas, fueron atacados por la maldad que nos lleva al pánico, nos hace retroceder y nos hace rechazar el liderazgo global... Este Presidente y esta Administración tendrán que pelear por mercados abiertos, no nos vamos a dejar intimidar por aquellos que se han lanzado a las calles a culpar al mercado y a los EE. UU. por lo malo que pasa en el mundo" (citado en Brecher). Está claro: los ataques del 11 de septiembre han mantenido a los oficiales administrativos sin perder de vista la globalización del mercado como su más importante prioridad. Zoellick se aprovechó de la ocasión para exigir "autoridad para la promoción del comercio" (por ejemplo, en el Congreso, con el "fast track" a fin de poder impulsar pactos regionales de comercio sin ningún debate o enmienda). Con sus palabras, el representante Comercial pone de manifiesto que la crisis será utilizada para desacreditar a los que adversan este tipo de globalización y aprovechada para relacionarlos con los terroristas del 11 de septiembre.

continúa con el disfraz que asumió mucho antes de los eventos del 11 de septiembre. Este disfraz es necesario pues dados los resultados del Holocausto, la persecución directa de los judíos resulta políticamente imposible en Occidente. Sin embargo, esta misma persecución ha continuado en forma de represión de la teología de la liberación, la cual se basa con firmeza en los valores del Antiguo Testamento (Richard, 1999: 232).

Aquí debería enfatizarse que como en el régimen de Hitler, la persecución del cristianismo no es universal pero sí selectiva. Las versiones de fe cristiana que no enfatizan la tradición de justicia social profética están exentas de ella.

Así, Hitler podría haber dicho que su movimiento era específicamente cristiano, tanto como lo era *Mein Kampf*. Al principio los católicos lo apoyaron y la mayoría de las iglesias importantes de Alemania estuvieron de su lado. Hasta el papa Pío XII dijo de Hitler que era "un bastión indispensable contra Rusia" (Johnson, 1977: 490). No obstante no todos los Cristianos estaban tan convencidos, sobre todo los que sufrieron persecuciones severas.

En la Iglesia Luterana el movimiento cristiano alemán floreció, orientado por la ideología racista-nacionalista y por el principio Führer de los nazis. En el Sínodo de Barmen, que tuvo lugar en mayo de 1934, sus oponentes formaron una Iglesia Confesante, cuyos miembros atacaban sin descanso a los nazis pese a las represalias y arrestos que el Gobierno efectuaba. El clero católico simpatizaba con el nuevo régimen, principalmente después del concordato firmado con el Vaticano el 20 de julio de 1933. Sin embargo, la resistencia dentro de la Iglesia Católica romana creció cuando se extendió la noticia de los planes nazis de eutanasia, llegando al tope con la promulgación de la encíclica papal Mit brennender Sorge (Con profunda ansiedad) en 1937 (Schulze, 1998: 253).

De nuevo, no todos los cristianos eran bienvenidos en el *Tercer Reich*. La Iglesia Confesante de Dietrich Bonhoeffer resistió el nazismo en nombre de los valores del Evangelio. Algunos, como el propio Bonhoeffer, incluso se unieron a un grupo que conspiraba para matar a Hitler. Desde luego, sufrieron las inevitables consecuencias. Bonhoeffer

fue ejecutado en prisión en 1945. La Iglesia Católica, por su parte, permaneció más muda en su "ansiedad" por Hitler, estando más preocupada por la "pro-vida" que tenía que ver con el asunto de la eutanasia y menos preocupada por el exterminio de los judíos. Todavía hoy se acusa al papa reinante entonces, Pío XII, por haberlo ignorado (Johnson, 1977: 491).

De la misma manera, el sistema actual de globalización declara su compatibilidad con el cristianismo. En los EE. UU., republicanos que abiertamente se identifican con la teoría de la libre empresa, se jactan de ser el único grupo poderoso constituido por fundamentalistas cristianos. Organizaciones como la Coalición Cristiana (*Christian Coalition*) y la Mayoría Moral (*Moral Majority*), se mantienen firmes en su apoyo a la práctica globalista, al parecer aprobando su darwinismo social, mientras se escandalizan de la contraparte biológica de la teoría.

Por el contrario, otras lecturas y prácticas de la tradición cristiana —como la teología de la liberación— son vilipendiadas y perseguidas sin admitir defensa. Y el público ni siquiera percibe que esos asesinatos, desapariciones y sesiones de tortura contra sus miembros, constituyen una "persecución religiosa". Particularmente en El Salvador, más de sesenta mil católicos son asesinados (la mayoría por fuerzas gubernamentales y escuadrones de la muerte), sin que nadie lo perciba. Teólogos comprometidos con la teología de la liberación son asesinados, lo mismo que religiosas que trabajan con los pobres; y hasta un arzobispo como Óscar Romero sufre el mismo destino —sin que casi nadie mencione la expresión "persecución religiosa" y la ligue al capitalismo o a la globalización—. Más bien, aquellos que apoyan la globalización pueden distribuir panfletos con consignas como: "Haga patria, mate a un cura", y seguir recibiendo de los EE. UU. ayudas de un millón de dólares por día (Lemoux, 1982: 61, 76). Podemos imaginarnos lo que ocurriría si tal cosa sucediera en un régimen comunista como el de Cuba...

Conclusión

Reiteramos que la señora Cheney tiene razón. Cuando conocemos la historia, haciendo estudios

cuidadosos y críticos de todo el material que existe, como el de Spielvogel, como los periódicos y hasta los mismos documentos del Gobierno, nos damos cuenta de cómo es que vienen funcionando los valores del sistema de los EE. UU. a partir del siglo XIX. Descubrimos que las razones del reciente "Ataque a América" son mucho más profundas y más sistemáticas de lo que se cree, aun de parte de los críticos a quienes el Consejo Americano de Ejecutivos y Ex alumnos ha sumido en el silencio. Las "raíces de esa rabia hacia los musulmanes" que se encuentran en algunas publicaciones desde el 11 de septiembre, no son incidentes aislados, pasos en falso o errores, sino que son exactamente lo que el sistema capitalista hace cuando está en crisis. La rutina es aprobar Estados policiacos, suspender los derechos civiles, llevar a cabo persecución religiosa, apoyar los escuadrones de la muerte, los tribunales irregulares y la tortura.

Esto se ve claramente en el caso de Hitler, quien defendió al capitalismo-bajo-asedio. Fue el "hombre fuerte" abocado a una economía protectora de la propiedad privada de los medios de producción y "mixta" en favor del patriarcado capitalista de supremacía blanca. Él impuso esa economía en favor de los industriales, banqueros y grandes terratenientes, con la ayuda de la policía y la fuerza armada contra la oposición socialista, tanto en Alemania cuanto a través de Europa occidental. Por eso, Hitler declaraba que la persecución de los judíos se justificaba en este contexto. Es decir, su antisemitismo no era un simple capricho, sino tenía que ver con aquella tradición tan antigua, la asociación de los judíos con el bolchevismo, que se daba en el mundo occidental sin excluir los EE. UU. Cristianos de primera línea apoyaban el programa de Hitler, con todo y su antisemitismo. Cristianos como los de la Iglesia Confesante de Bonhoeffer se oponían al programa del *Führer*, y por eso recibieron un trato parecido a los judíos.

Después de la derrota de Hitler en 1945, el hitlerismo continuó, ahora impuesto por el más importante ganador de la Segunda Guerra Mundial, los EE. UU. El hitlerismo sin ningún disfraz aparece entonces en las antiguas colonias, donde dictadores uniformados secuestraron, torturaron y mataron sin piedad a aquellos que asociaban al Gran Enemigo, el

socialismo. En el Primer Mundo, el público en general prestó poca atención a este fenómeno. Un sistema comprensivo de propaganda impidió, de modo especial a los estadounidenses, llamar al hitlerismo por su verdadero nombre. El sistema de Hitler podía continuar sin ninguna oposición el proyecto de impedir en el Tercer Mundo la *perestroika* del capitalismo, la cual desde el decenio de 1940 había aumentado significativamente los patrones de vida de la clase trabajadora en los EE. UU. y en Europa occidental.

Pero aun este capitalismo con rostro humano, gradualmente ha removido su máscara. El desenmascaramiento se acentuó después de 1989 con la desaparición de aparentes alternativas al capitalismo y la caída de la Unión Soviética. Con este evento, "la globalización" llegó a ser el faro del capitalismo. Su darwinismo social fue impuesto por el BM, el FM1 y la OMC. Las espectaculares protestas en Seattle en 1999, protagonizadas por gente de base que se rebeló contra semejante totalitarismo del mercado, se extendieron con rapidez a través del mundo, poniendo en jaque las grandes aspiraciones globales del capital internacional. La protesta más importante, incluso reconocida por Robert Zoellick, fue el 11 de septiembre del 2001. El ataque literalmente se trajo abajo el centro operacional del hitlerismo globalizado. El sistema, por supuesto, respondió de manera vigorosa con los elementos básicos del Estado policiaco de Hitler, que ya operaba en el Tercer Mundo, pero que regresó a casa, al Primer Mundo.

La pregunta ahora es cómo responder al cambio hitleriano. El argumento, entonces, es que revisar la historia es un elemento importante como respuesta. Las razones del triunfo de Hitler se pueden ver en cualquier parte, acuñadas en los libros de texto que nuestros alumnos usan y en el periódico que cada mañana leemos a la hora del café. A menos que nuestros hijos hayan sido enseñados para ver la historia a través de los lentes del triunfo de Hitler, las generaciones últimas podrían recordar el 2001 no como el año de los ataques del 11 de septiembre, sino como el año en que la extrema derecha de los EE. UU. efectuó un *coup d'etat*, ganando la Presidencia con fraude y engaño e introduciendo un Estado policiaco para imponer la economía globalizada al

resto del mundo, no obstante las protestas en todo el planeta.

Bibliografía

Brecher, Jeremy. "Now More Than Ever: A Movement for Global Justice".
www.zmag.org,ZNET htm

Burtless, Gary-Lawrence, Robert Z. Litan, Robert E. Shapiro, Robert J. 1998. *Globaphobia: Confronting Fears about Open Trade*. Washington D. C, Brookings Institution Press

Chang, Jack Fulbright, Leslie 2001. "Rights Activists Fear U S. Will Abuse Power under Patriot Act", en *The Lexington Herald-Leader*, 13 de noviembre.

Chomsky, Noam 1987. *On Power and Ideology: the Managua lectures*. Boston, South End Press.

Dierckxsens, Wim 1998. *Los límites de un capitalismo sin ciudadanía*. San José, DEI.

Dierckxsens, Wim 2001. "El movimiento social por una alternativa al neoliberalismo y a la guerra", en *Pasos*, No. 98 (noviembre-diciembre), págs. 32-40.

Douglas, William 2001. "Northern Alliance Has Poor Human Rights Record", en *The Lexington Herald-Leader*. 1, de octubre, pág. A4.

Galbraith, John K. 1977. *The Age of Uncertainty*. Boston, Houghton Mifflin Co.

Gallardo, Helio 1990. *Fundamentos de formación política: análisis de coyuntura*. San José, DEI, 2a. ed.

Gearan, Anne 2001. "Military Trials Would Allow Fewer Rights To Terrorism" en *The Lexington Herald-Leader*. 15 de noviembre.

- Gellman, Barton 2001. "CIA Has Authority To Kill U S Enemies", en *The Lexington Herald-Leader*, 2, de octubre, pág. A8.
- Gutiérrez, Germán 1999. "Colombia: la estrategia de la sinrazón", en Franz J. Hinkelammert (ed.). *El huracán de la globalización*. San José, DEI, págs. 175-207.
- Hinkelammert, Franz J. 1987. *Democracia y totalitarismo*. San José, DEI.
- Hinkelammert, Franz J. 1991. "Capitalismo sin alternativas?", en *Pasos* No. 37, (setiembre-octubre), págs. 11-23.
- Hinkelammert, Franz J. 1998. *El grito del sujeto: del teatro-mundo del evangelio de Juan al perro-mundo de la globalización*. San José, DEI, 2a. ed.
- Hinkelammert, Franz J. 1999. "La economía en el proceso actual de globalización y los derechos humanos" en Franz J. Hinkelammert (ed.). *El huracán de la globalización*. San José, DEI, págs. 239-249.
- Hinkelammert, Franz J. 2000. "La negativa a los valores de la emancipación humana". Manuscrito inédito. San José, DEI. Hinkelammert, Franz J. 2001a. "Nietzsche y la modernidad", en *Pasos* No. 94 (marzo-abril), págs. 14-25.
- Hinkelammert, Franz J. 2001 b. "La caída de las torres", en *Pasos* No. 98 (noviembre-diciembre), págs. 41-55.
- Hinkelammert, Franz J. (ed.) 1999. *El huracán de la globalización*. San José, DEI.
- Jacoby, Jeff 2001. "U.S. Trying to Catch One Set of Terrorists by Embracing Others", en *The Lexington Herald-Leader*, 14 de octubre.
- Johnson, Paul 1977. *A History of Christianity*. New York, Atheneum.
- Kay, Joe 1996. "Hitler remarks Put Reds Owner under Fire Again", en *The Lexington Herald-Leader*, 7 de mayo, pág. A1.
- Lardner Jr., George 2001. "Bush Curbs Release or Executive Papers", en *The Lexington Herald-Leader*, 2 de noviembre.
- Lemoux, Penny 1982. *Cry of the People: The Struggle for Human rights in Latin America — The Catholic Church in Conflict with U. S. Policy*. New York, Penguin Books.
- Martin, Jerry L.-Neal, Anne D. 2001 "Defending Civilization: How Our Universities Are Failing América and What Can Be Done About It". Informe del Consejo de Ejecutivos y Ex alumnos de los EE.UU., noviembre.
- Nader, Ralph-Wallach, Lori 1996. "CATT, NAFTA, and the Subversion of the Democratic Process", en Jerry Mander and Edward Goldsmith (eds.). *The Case against the Global Economy: and for Turn Toward the Local*. San Francisco, Sierra Club Books, págs. 92-107.
- Richard, Pablo 1999. "Teología de la solidaridad en el contexto actual de economía neoliberal de libre mercado", en Franz J. Hinkelammert (ed.). *El huracán de la globalización*. San José, DEI/ págs. 223-237.
- Rivage-Seul, Michael y Marguerite K. 1995. *A Kinder and Gentler Tyranny: Illusions of a New World Order*. Westport (Connecticut), Praeger Publishers.
- Rivage-Seul, D. Michael 2001. *The Jinetera's Hustle: a novel about Cuba and liberation theology*. Berea (Kentucky), Berea College Press.
- Safire, William 2001. "Bush Gaining Dictatorial Power, Undermining U. S. Rule of Law", en *The Lexington Herald-Leader*, 16 de noviembre.

Schulze, Hagen 1998. *Germany: A New History*.
Traducido por Deborah Lucas Schneider.
Cambridge (Mass.), Harvard University Press.

Spielvogel, Jackson J. 1999. *Western Civilization*,
Vol. 2. Connecticut, Wadsworth Thomas
Learning, 3 vols., 4a. ed.

Thomas, Cal 2001. "U. S. Should Hit Afghanistan
with Tactical Nuclear Weapons", en *The
Lexington Herald-Leader*, 2 de noviembre, pág. A
11.

Zinn, Howard 1995. *A People's History of the United
States*. New York, Harper Collins Publishers.
Traducción: Marú Salas J.

DÍOS, procesos inquisitoriales contra los creyentes heterodoxos, anatemas contra los infieles, renuncia a la interpretación en la lectura de los "textos sagrados", etc.

Hay también manifestaciones liberadoras y dialogantes. Dentro de las religiones se están produciendo importantes esfuerzos de renovación orientados a una mayor autenticidad en la forma de vida y de reformulación de las creencias conforme a los cambios culturales. No faltan intentos de apertura a otras religiones. Durante los últimos treinta años han surgido numerosos movimientos religiosos comprometidos en la defensa de los derechos humanos y en la transformación de las estructuras sociales y económicas injustas. En casi todas las religiones renace la experiencia mística. Se aprecia asimismo un cambio en el ámbito doctrinal. Actualmente se está elaborando una teología ecuménica de las religiones bajo el doble signo de la inculturación y de la liberación.

Tras los sucesos del 11 de septiembre, creo que es necesario tomar conciencia del gran potencial numérico, de la fuerza aglutinadora y de la capacidad movilizadora de las religiones. Los datos son tozudos al respecto. Más de tres cuartas partes de la población mundial están adscritas a algún movimiento religioso: cerca de 800 millones, al hinduismo; 1.200 millones, al islam; cerca de 2000 millones, al cristianismo; en torno a 350 millones, al budismo; algo más de 200 millones son seguidores de otras regiones asiáticas; más de 200 millones practican las religiones tradicionales; 18 millones se identifican con el judaísmo. En torno a una cuarta parte de los Estados del mundo mantiene vínculos formales con una religión. Las religiones trascienden las propias creencias, contribuyen a la conformación de las culturas e influyen en los comportamientos personales y en las decisiones colectivas de los pueblos.

Esto es algo que se ha minusvalorado, a mi juicio con cierta ligereza intelectual incluso se ha despreciado, a mi juicio con cierta irresponsabilidad, y no se ha tenido en cuenta debidamente en la política internacional. Este potencial no puede desconocerse. ¿Qué hacer, entonces?

No se puede seguir repitiendo la crítica moderna de la religión —económica, política, psicológica, filosófica, etc.— en los mismos términos en que se

formuló en los siglos pasados. Debe revisarse y ser reformulada en el contexto de los nuevos fenómenos culturales y ante las nuevas manifestaciones religiosas. Tampoco parece justo calificar a las religiones en bloque y sin matizaciones como obstáculos para el progreso y considerarlas producto del miedo y de la ignorancia. Menos aún combatirlas frontalmente desde un laicismo militante anti-religioso, que resulta tan rancio como algunas de las manifestaciones que se pretenden combatir. Pero tampoco se puede caer en una nueva apologética de las religiones como hacen determinadas tendencias "confesionales" de la filosofía y las ciencias de la religión, sobre todo dentro del cristianismo.

No se trata, por tanto, de luchar contra las religiones, pero sí de mantener una permanente actitud autocrítica y crítica: autocrítica, para desenmascarar sus perversiones, que tanto las desacreditan; crítica, desde la propia sociedad, para defender la laicidad y evitar el peligro de neoconfesionalismo que acecha por doquier.

Las religiones tienen delante importantes tareas a las que no pueden renunciar. Contamos con dos precedentes significativos que pueden ayudar a reubicar su papel hoy.

El primero se remonta a 1893, año en que se celebró la Exposición Colombina de Chicago para conmemorar el IV Centenario de la llegada de Colón a América. En ese marco se celebró el *1 Parlamento de las Religiones del Mundo*, el cual congregó a cerca de cincuenta religiones. El Comité estuvo formado por un rabino reformista, un unitarista, catorce pastores protestantes y el arzobispo católico de la arquidiócesis de Chicago. En el saludo dirigido a los participantes, el impulsor del Parlamento, Charles Carroll Bonney, anunciaba el nacimiento de una nueva fraternidad en el mundo del progreso humano: "la fraternidad entre las religiones". Eso sucedía en medio de la Modernidad, que había recluido a la religión en la esfera privada. El presidente del Parlamento, John Henry Barrows, adoptó un tono ecuménico y se refirió al sabio Buda, al Sócrates buscador de la verdad, a Pablo de Tarso predicador de Jesús "a la sombra del Partenón" y a los apóstoles de la tolerancia Jeremy Taylor, John Milton, Abraham Lincoln, sin olvidarse de Lessing, quien un siglo antes había escrito *Natán el sabio*, la obra que en

plena Ilustración abría el camino del diálogo interreligioso desde la tolerancia y el respeto al pluralismo.

Las cuarenta y cinco religiones presentes concurrían en igualdad de condiciones. Ninguna se presentaba como superior a las demás. Con todo, no llegó a ser un parlamento intercultural, ya que estuvo marcado por el protagonismo anglosajón y por la centralidad del cristianismo. No estuvieron representados los aborígenes, los mormones, los afroamericanos, como tampoco los musulmanes, sikhs y budistas tibetanos. Hubo ausencia de los anglicanos por expresa prohibición de su Iglesia.

En 1993, justo un siglo después, se celebró en la misma ciudad estadounidense el II *Parlamento de las Religiones del Mundo*, al que asistieron 6.500 personas pertenecientes a numerosas religiones: hinduismo, budismo, taoísmo, jainismo, judaísmo, cristianismo, neopaganismo, sikhs, teosofía, Bahai, Brahma Kumaris, organizaciones interreligiosas y otras muchas cuyas firmas no son identificables. Ha sido considerado el mayor encuentro de representantes de las religiones del mundo de toda la historia.

En él se constató la enorme influencia que las religiones siguen ejerciendo en la conducta de gran cantidad de seres humanos y en la marcha de la humanidad. En un clima de diálogo, y dejando a un lado lo que pudiera separarlas en los terrenos moral y doctrinal, las religiones tomaron conciencia de su responsabilidad a nivel planetario y vieron la necesidad de asumir como propios los grandes retos de la humanidad.

He aquí algunas de las tareas que, metidos de lleno como estamos en el siglo XXI, habrán de desarrollar las religiones si no quieren renunciar a su responsabilidad histórica con sus seguidores y con el resto de los seres humanos.

1. Posibilitar el diálogo intercultural, frente a los enemigos de la interculturalidad que se obstinan en la defensa del choque de civilizaciones como método para el logro de la hegemonía de la cultura occidental sobre las demás. Dada su radicación en plurales escenarios culturales, las grandes religiones se encuentran en condiciones favorables para facilitar el diálogo entre culturas.

2. Comprometerse en el trabajo por la paz y la no violencia. Es verdad que las religiones han sido históricamente fuente de violencia. Pero las propuestas de un mundo reconciliado se encuentran en todas las tradiciones religiosas y en la mayoría de sus líderes: Buda, Confucio, Jesús de Nazaret, Gandhi, Luther King. "No matarás" es un imperativo común a la mayoría de las tradiciones religiosas y éticas. La no violencia es un método de acción y un estilo de vida.

3. Crear redes de solidaridad interhumana y trabajar por un orden justo internacional. La proyección internacional de las grandes religiones facilita esa tarea. Ello exige superar los localismos y las endogamias en que con frecuencia se ven envueltas las comunidades religiosas.

4. Practicar la tolerancia y el diálogo. Las religiones han sido y siguen siendo ejemplos de intolerancia. Y, sin embargo, poseen en su interior gérmenes de acogida y respeto hacia otros credos y otras concepciones de la realidad. Hay una pluralidad de manifestaciones de lo divino, de lo sagrado, y todas ellas respetables, siempre que no adopten formas fanáticas, excluyentes, xenófobas. "Sin diálogo — afirma Panikkar — el ser humano se asfixia y las religiones se anquilosan".

5. Eliminar las discriminaciones de género y construir una comunidad mundial de hombres y mujeres bajo el signo de la igualdad, no clónica se entiende. La mayoría de las religiones tiene una ideología androcéntrica, que se traduce miméticamente en una organización patriarcal. No obstante, en muchas de ellas existen tradiciones igualitarias no suficientemente desarrolladas y paradigmáticas experiencias inclusivas de hombres y mujeres, las cuales pueden iluminar el trabajo por la igualdad en nuestras sociedades estructuradas de modo patriarcal.

6. Trabajar por la defensa de la naturaleza y de la vida. La religión del ser humano con la naturaleza y la interdependencia de todos los seres vivos se encuentran en la base de algunas religiones, las cuales pueden contribuir a superar el antropocentrismo tan presente en el paradigma filosófico occidental y en su correspondiente modelo de desarrollo científico-técnico.

7. Las religiones son portadoras de preocupaciones antropológicas irrenunciables, de

preguntas significativas por el sentido y el sin sentido de la vida y de la muerte, de experiencias límite y de propuestas alternativas de vida no mediadas por la razón calculadora. Constituyen, a su vez, lugares privilegiados de apertura a los mundos inexplorados de la trascendencia, la espiritualidad, la experiencia del misterio y la vivencia de lo sagrado, sin que ello suponga caer en sacralizaciones ni implique la aceptación de un credo concreto. Más allá de nuestras creencias o increencias, no podemos renunciar a ese caudal de sabiduría.

8. En torno al 20% de la población mundial se ubica en el espacio plural de la increencia (ateísmo, agnosticismo, indiferencia religiosa, etc.). Las religiones deben respetar a las personas no creyentes y las razones de su increencia, que son tan poderosas como las convicciones de los creyentes. Los derechos de la fe y los de la increencia merecen el mismo respeto. Por ende, cualquier guerra religiosa contra los increyentes o de éstos contra los creyentes me parece un signo de intolerancia. •

- Discursos integrales.
- Discursos de ruptura animados por perspectivas de cambios sociales y políticos radicales.
- Discursos antiliberales y antiimperialistas implicados con un proyecto de renovación religiosa.

2.2. Estructuras particulares

- Triple articulación entre actores religiosos, actores de clases medias y actores populares.
- Desarrollo de redes transnacionales animadas por iniciativas institucionales internas y externas a los espacios de proyección de los discursos.

2.3. Dinámicas generales

- Ruptura de las clases medias con un Estado nacionalista, modernizante, de tipo populista que favoreció y limitó a la vez su acceso a la participación social y política, rompiendo equilibrios sociales y favoreciendo el crecimiento urbano en dirección de las clases populares.
- Intensificación de procesos de globalización mundiales y regionales que no conciernen únicamente los intercambios económicos y las relaciones entre Estados, sino también la difusión de la información y una diversidad incalculable de intercambios transnacionales más o menos institucionalizados, por ejemplo articulados alrededor de las nociones de desarrollo y paz mundial.
- Contexto ideológico de la Guerra Fría y del surgimiento del Tercer Mundo con las diversas polarizaciones y alianzas que se definen en ese contexto general de globalización de intercambios regionales y mundiales, que producen nuevas dinámicas de interacción social e ideológica.
- Una coincidencia histórica: el año 1979 marca a la vez el inicio de la revolución islamista iraní y la revolución sandinista nicaragüense, es decir, un éxito político mayor del islamismo y el éxito de una revolución que integra a los cristianos identificados con el discurso de la teología de la liberación.

3. Diferencias entre el islamismo y la teología de la liberación

Dentro del islamismo (el ser "más musulmán" o "verdaderamente musulmán") existen corrientes más políticas y corrientes más alejadas de la política. Implican una misma dinámica religiosa en el contexto de sociedades afectadas por transformaciones políticas, sociales y económicas. No obstante, cuando nos referimos al islamismo solemos referirnos al islamismo político. El islamismo político manifiesta con claridad que esa dinámica religiosa reacciona a factores políticos, económicos y sociales que por cierto implican características culturales, pero la sitúan más dentro de las contradicciones internas de un mismo proceso de globalización que con la noción de un bloque de civilización.

El islamismo político construye una justificación religiosa, sin embargo finalmente caracteriza más bien un fenómeno político en el cual la justificación política y la justificación religiosa no se distinguen tanto como en las sociedades occidentales. Caracteriza una expresión política que define una finalidad y supone una organización coherente con la búsqueda de esa finalidad. Aun cuando implica una gran diversidad de contextos, de actores y de organizaciones con sus orientaciones respectivas, a veces en competencia, el islamismo político constituye entonces un movimiento específico con una cierta cohesión ideológica y social interna.

Al contrario, la expresión "teología de la liberación" no designa un discurso fácil de delimitar ni un movimiento realmente constituido, más bien manifiesta el paradigma de transformaciones ideológicas y sociales que implican actores heterogéneos, cuya identificación con la expresión "teología de la liberación" es siempre discutible y corresponde con diferentes criterios de exclusión e identificación sociales e ideológicas. Aunque existe en ese caso una coherencia paradigmática específica que envuelve de una manera u otra muchos tipos diferentes de actores, la noción de un amplio movimiento social y religioso es construida. El desarrollo de ese paradigma tiene importantes implicaciones políticas, pero no constituye un movimiento político en sí.

De hecho, el discurso de la teología de la liberación se distingue del islamismo por asumir la distinción entre un espacio político y un espacio religioso, aunque también desde una perspectiva integral. La teología de la liberación suele ser más

relacionada con sus implicaciones políticas que el islamismo, a menudo percibido como una alienación religiosa y cultural, pero paradójicamente las implicaciones políticas del islamismo son más directas porque se dan en sociedades donde los mecanismos de legitimación social significan una distinción menor entre campos sociales.

El uso de la expresión "teología de la liberación" asume con más claridad una perspectiva histórica, no obstante, finalmente la realidad de su desarrollo implica las dialécticas internas y cruzadas de campos sociales que mediatizan su perspectiva histórica. En el caso del islamismo, la justificación religiosa esconde una perspectiva política e histórica en realidad mucho más concreta.

3.1. Discursos

3.1.1. Fe y política

a) *Islamismo*: discurso integral fundamentado sobre una alternativa política que se legitima a través de una justificación religiosa irreducible a un simple instrumento del pragmatismo político.

b) *Teología de la liberación*: un discurso integral que rechaza la privatización de la fe y establece los criterios religiosos de su compromiso político en ruptura con la sacralización de una visión de la modernidad. Sin embargo, su rechazo de la privatización de la fe coincide con la crítica marxista de la definición negativa de la libertad y rompe con el proyecto de cristiandad, renunciando a guiar la acción política y social desde una perspectiva religiosa y comprometiendo más bien su perspectiva religiosa con una práctica secular de la acción política y social. Esa perspectiva religiosa reconoce un valor teológico propio a la acción política y social con la cual comparte valores éticos, sin cesar de manifestar su propia autonomía de discurso religioso orientado hacia una espiritualidad comunitaria de responsabilidad política y social.

3.1.2. Religión y modernidad

a) *Islamismo*: el rechazo de la modernidad occidental, las aspiraciones a un estado ético musulmán que define el fundamentalismo y la voluntad de de-

rumbar los poderes políticos que encarnan la complicidad con los agentes externos de esa modernidad, son los aspectos que para muchos comentaristas caracterizan el islamismo, no obstante el islamismo reacciona a factores de modernización que lo estructuran también en parte.

Más allá de las definiciones normativas de la modernidad, hay que ver dónde el islamismo rechaza la modernidad y dónde la asume: la asociación entre las palabras "república" e "islamista" contiene esa contradicción interna. La corriente más modernista del islamismo es el islamismo político, es decir, aquel islamismo que no distingue entre política y religión, lo que se ha supuesto definir como su "atraso cultural".

b) *Teología de la liberación*: el valor modernista de la teología de la liberación dentro de la Iglesia católica es una de sus características más comentadas, y refiere a su uso de las ciencias sociales, a su rechazo al ejercicio vertical de la autoridad eclesial, a su compromiso con la secularización del discurso político. Sin embargo, procede en parte de una tradición intransigente (anti-comunista, antiliberal y "comunitarista") que tiene un impacto dentro de su propio discurso de renovación religiosa y de rechazo de la secularización definida desde los países del "centro"

Su valor modernizante es más evidente que en el caso del islamismo, pero no debe ser opuesta a una dinámica que como su propia dinámica asume un doble valor de modernización y rechazo de la modernidad en reacción a factores sociales, económicos, políticos y geopolíticos diferenciados, aunque asimismo interdependientes dentro de un mismo proceso de globalización que supone contradicciones internas y factores de diversificación. Hay que ver cómo su valor de ruptura ideológica con la tradición intransigente católica marca las trayectorias de los diferentes actores, y qué impacto tiene su vinculación con esa tradición en un doble movimiento de secularización del discurso religioso y de "teologización" del discurso secular, por ejemplo el científico.

3.1.3. Ruptura ideológica y reinterpretación teológica

a) *Islamismo*: la radicalización insurreccional del islamismo político es respetuosa de las jerarquías religiosas y sociales, y coincide con un movimiento de reinterpretación de los textos sagrados que pretende reencontrar el sentido original y verdadero de la palabra divina. Esa reinterpretación, no obstante, es productora de un sentido nuevo que reacciona a un contexto político y social moderno en el cual las jerarquías religiosas y sociales cambian profundamente bajo su propia acción. Hay que ver en qué medida su fundamentalismo es en realidad un fundamentalismo, esto es, la búsqueda de una coincidencia ética exacta y plausible con la primera palabra.

b) *Teología de la liberación*: el discurso de la teología de la liberación pretende actualizar la interpretación bíblica por medio de la integración de los instrumentos de la racionalidad crítica y hermenéutica contemporánea. Pretende sin embargo reencontrar la dinámica de las primeras comunidades cristianas, y se refiere siempre a las fuentes proféticas del movimiento de Cristo pervertidas por el dogmatismo romano. Hay que ver en qué medida esa racionalidad crítica es realmente integrada en sus perspectivas teológicas e ideológicas.

3.2. Estructuras particulares

3.2.1. Articulaciones sociológicas

a) *Islamismo*: asociación de clases medias bastante tradicionales y de clases populares urbanas recientes alrededor de líderes religiosos que tienen seguidores en las universidades. La resolución de las contradicciones sociales internas del islamismo depende de su éxito político: el fracaso del FIS en Argelia transforma la contradicción en una violenta oposición.

b) *Teología de la liberación*: construcción de tipos transversales de legitimación entre los campos sociales académico y religioso, y desarrollo de tres contra-poderes interdependientes y autónomos (religioso, intelectual y civil) que integran actores de clases medias y actores religiosos interactuando entre esos campos sociales con un protagonismo limitado de actores populares. La crisis ideológica del paradigma

y la represión eclesial dentro de la Iglesia católica, transforman la naturaleza de las relaciones entre esos tres contra-poderes en el sentido de la diversificación subjetiva del discurso paradigmático de actores heterogéneos. Esas articulaciones sociológicas nos parecen explicar por qué a pesar de su compromiso revolucionario de los años setenta, los actores identificados con la teología de la liberación tienen más un papel de compromiso civil que de propagación de la violencia política.

3.2.2. Geografía

a) *Islamismo*: el espacio geográfico del islamismo no se limita al mundo árabe y persa, sino trasciende sus fronteras para extenderse a la totalidad del mundo musulmán. Está configurado por la pertenencia religiosa, pero a partir del protagonismo hegemónico de los referentes del mundo árabe y persa.

b) *Teología de la liberación*: el espacio geográfico de la influencia social de los contra-poderes estructurados a través del desarrollo de la expresión "teología de la liberación", coincide con el continente latinoamericano y caribeño. Está configurado por una relativa unidad de condiciones políticas, sociales, económicas y culturales que corresponden con lo que algunos comentaristas llaman el "extremo occidente".

3.2.3. Redes sociales

a) *Islamismo*: las redes sociales transnacionales del islamismo son, en un primer tiempo internas al mundo musulmán, y se extienden después a los países occidentales como efecto del exilio político de manera cada vez más clandestina.

b) *Teología de la liberación*: las redes sociales transnacionales ligadas con el desarrollo de la expresión "teología de la liberación" superan desde el principio las fronteras de su espacio geográfico de proyección e incorporan actores que han estudiado en Europa y en América del Norte, así como actores sociales e institucionales de Europa y de América del Norte que se involucran en diferentes niveles con el paradigma. Eso explica, al menos en parte, el impacto de actores latinoamericanos y caribeños en la corriente ética radical de la creciente dicha "sociedad civil mundial".

3.3. Dinámicas generales

Las diferencias de contextos y de implicaciones geopolíticas son numerosas. Una nos parece muy determinante:

a) El islamismo se desarrolla en un espacio geográfico marcado por el colonialismo de los siglos XIX y XX. La afirmación de la identidad religiosa es característica de la definición de su propia modernidad desde la perspectiva de sus implicaciones geopolíticas y sociales en el desarrollo de un sistema globalizado que se diversifica.

b) La teología de la liberación se desarrolla en un espacio geográfico periférico intermedio entre su posición dentro del mundo occidental y su posición de periferia dependiente marcada por antiguas herencias coloniales. Su identidad es híbrida, por eso su afirmación de una identidad periférica se sitúa en la frontera entre la vocación universalista del discurso racional y la afirmación de identidades locales que escapan a los límites de su propia racionalidad.

Conclusión

La aparición del islamismo como movimiento político y la aparición del discurso de la teología de la liberación como expresión de convergencias sociales e ideológicas entre actores heterogéneos de los campos religioso y académico, han participado del mismo contexto global de Guerra Fría y de afirmación del Tercer Mundo. Las crisis de legitimidad política del islamismo y de legitimidad ideológica de la teología de la liberación, participan ahora del mismo movimiento de recomposición de los referentes sociales y culturales en un contexto que se caracteriza por la transformación de las relaciones entre la política institucional y la participación política de la sociedad. En cierta medida, su aparición en la frontera entre sus posiciones institucionales y su contestación de las instituciones, entre su modernidad y su contestación de la modernidad, anunciaba esa transformación en la cual su influencia recíproca se prorroga de manera más clandestina y diversificada, aunque espectacular en el caso del islamismo. Desde esa perspectiva, el islamismo no se corresponde con una dinámica de afirmación de identidad cultural

posmoderna sino con la manifestación de conflictos geopolíticos, políticos y sociales de varias decenas en contextos poscoloniales que, por supuesto, integran factores culturales. Su visibilidad actual esconde la crisis de paradigmas que comparte con la teología de la liberación y que explica la extrema violencia de algunos de sus representantes. •